

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



Conversaciones memorables

Edición Aniversario, 1/2



•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papeliterario

80 ANIVERSARIO >> JUAN LISCANO, FUNDADOR DEL PAPEL LITERARIO

Liscano, El Nacional y el *Papel Literario*: dos hipótesis

Poeta, ensayista, crítico literario y de las artes visuales, estudioso de la cultura, editor y creador de publicaciones, Juan Liscano (1915-2001) fue el fundador y primer director del *Papel Literario*

NELSON RIVERA

El 15 de agosto de 1943, el día en que aparece por primera vez la sección *Papel Literario*, Juan Liscano acaba de cumplir 28 años. A esa edad –los había cumplido un mes antes, el 15 de julio– ya ha publicado –eso creo– al menos tres libros de poesía –*Ocho poemas*, *Contienda* y *Del alba al alba*–; el ensayo *El sentido del paisaje*; ha fundado y dirigido las revistas *Acción estudiantil* y *Cubagua*; ha participado en la acción política; ha ganado el Premio Municipal de Poesía; al tiempo que avanza en las investigaciones que lo llevarán, a partir de 1947, a publicar numerosas investigaciones y ensayos sobre la negritud en Venezuela, el folclore, los bailes, la cultura popular, la antología *Poesía popular venezolana* (1945), y tanto más. Liscano, tal la sensación que produce su activismo, vive una eclosión que, quizá, no culminará nunca.

Lo que Liscano irradia durante los cinco primeros meses de su trabajo al frente del *Papel Literario*, deslumbra por lo múltiple de los campos de los que se ocupa, por la apertura de sus criterios (me limito a comentar solo las ediciones de 1943 porque, por ahora, no está disponible el acceso al archivo de los años siguientes).

Insisto: el recién designado director es un hombre que apenas ha cumplido 28 años.

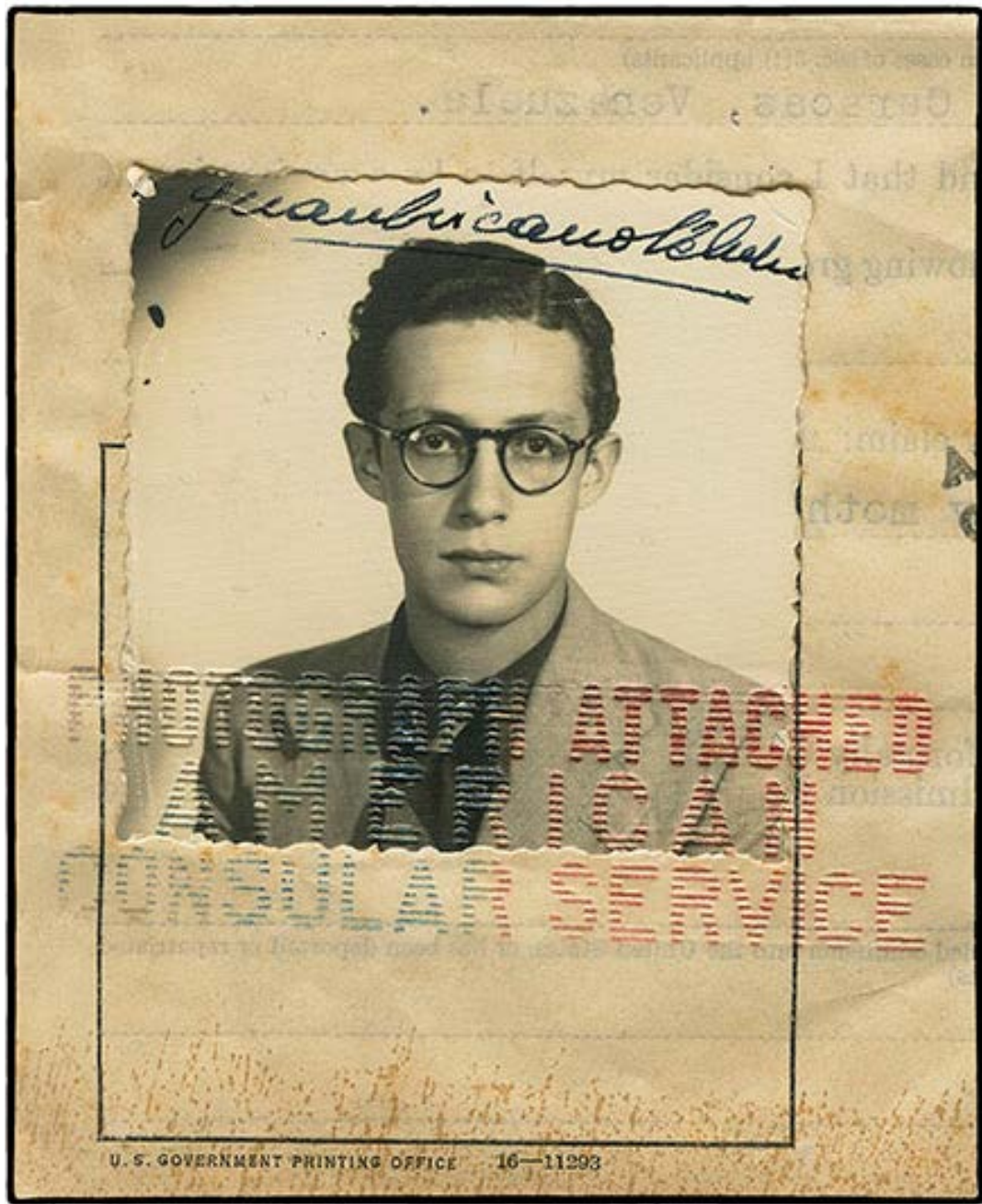
Las corrientes predominantes

La elección de Liscano como fundador y primer director no pudo, me parece, ser más afortunada. En *El Nacional* de los primeros años conviven varias fuerzas predominantes: hay un disciplinado afán de cultivar el género del reportaje, que apela a fórmulas innovadoras (como aquellos de Ida Gramcko, que se empleó en una empresa de confección de ropa o se inscribió en una academia para estudiar Secretariado y, así, narrar a los lectores lo vivido y padecido).

Hay un celo extremo con respecto al rigor noticioso (cuando *El Nacional* alcanzó su primer quinquenio, Antonio Arráiz escribió un artículo, “Cinco años”, en el que enfatizaba en que, a lo largo de las primeras 1793 ediciones, el periódico apenas había sido desmentido o acusado de falsear los hechos).

De forma simultánea, desde la primera edición, se produce una valoración recurrente de la Opinión como género legítimo del diarismo, no limitada a la política –nacional e internacional–, sino también proyectada hacia otros ámbitos como las costumbres sociales, el auge educativo y cultural, la reacción ciudadana y de las familias ante el proceso modernizador. Quiero añadir que, en muchas de sus breves piezas de Opinión, refulgía el guiño, la inequívoca veta humorística de Otero Silva, siempre sorpresiva, siempre reveladora.

En ese nuevo mundo hay también apariciones inesperadas que, durante los primeros años no tienen un lugar propio, y que son breves notas insertadas aquí y allá, comentarios sobre he-



JUAN LISCANO / ARCHIVO DE CULTURA URBANA

chos curiosos, visitantes de otros países, toreros y toros, avances científicos, reseñas de eventos sociales, notas humorísticas, hípica, importación de productos novedosos, respuestas a cartas de lectores, información de concursos y otros misceláneos.

Más: estaba presente un interés en los modos y novedades del periodismo estadounidense de la época (de hecho, *El Nacional* reproducía todos los fines de semana unas largas historias de crímenes famosos, originalmente publicadas en inglés, cuyos derechos y traducciones había adquirido antes de que el diario fuese lanzado). Y, articulado con lo anterior, había un claro empeño editorial, un deseo de posicionarse como un diario innovador, conectado con la inmediatez y con los próximos tiempos, que se diferencia de los demás diarios por la anchura de su paleta temática y por la libertad con que formula sus abordajes.

Congregación del talento

El otro factor, que tiene una dimensión histórica, cultural y social que terminaría sobrepasando los límites del diario, es que *El Nacional*, bajo el influjo de Miguel Otero Silva, se proyectó como un centro magnético de la inteligencia venezolana, núcleo de una red de escritores, académicos, hombres de lo público, empresarios y políticos, que no había ocurrido hasta entonces en esa magnitud, alrededor de una empresa, y que se mantendría a lo largo de las décadas. Por ejemplo: hay un detallado relato de J. F. Reyes Baena, publicado en su columna Creyón el 3 de agosto de 1953, titulado “Así hicimos la extra”. Ese día *El Nacional* cumplía diez años. Cuenta allí las diligencias de Picón Salas, Otero Silva, Oscar Guaramato, Luis Esteban Rey, José Ratto Ciarlo, José Moradell y Antonio Aparicio,

para solicitar y recoger las colaboraciones que se publicaron en aquella edición aniversaria, y que resultan, en conjunto, nada menos que una especie de antología de los más importantes autores de Venezuela, América Latina y España de aquellos años –también algunos autores de Francia a Inglaterra–, una abrumadora demostración del excepcional mundo de relaciones e intercambios que, muy pronto, aquel joven periódico mantenía como algo propio y natural, con la inteligencia de la época. Un dato más para cerrar este comentario: el diseñador de aquella edición especial dedicada al X aniversario fue Carlos Cruz-Diez.

Las interrogantes puestas sobre Venezuela

Sin embargo, además de lo que he señalado hasta aquí, hay otra corriente editorial de mucho peso, mejor, de peso decisivo, que cambiaría y se enriquecería con el paso de los años y las décadas, y que sería un signo de la personalidad de *El Nacional* desde el día uno, que es una pertinaz pasión por lo venezolano, y que ponía su foco diario en las realidades noticiosas (como el desbordamiento del Río Orinoco, justo el 3 de agosto de 1943, el día en que *El Nacional* comenzó a circular, y que obligó al gobierno a crear unos despachos para responder a la catastróficas inundaciones), y en el producto de una recurrente actividad de investigación, que tuvo en Gonzalo Rincón Gutiérrez una de sus figuras inspiradoras, y que se propuso mostrar a los lectores ciudadanos, cómo era la cotidianidad en las provincias venezolanas; de qué trataba aquellas realidades, a la vez, de maravillas y carencias; cuán vivas y complejas eran las expresiones sociales, culturales y productivas que tenían lugar más allá de las ciudades. En el periodismo de *El Nacional* había algo de bús-

queda antropológica, etnográfica y sociológica.

Intento decir con esto, que quien tenga la oportunidad de revisar, página a página, las ediciones de *El Nacional* de los primeros años, se encontrará con la nítida presencia de esta ansiedad: la de producir un periodismo que descubriera al país de adentro. Que acercara al lector urbano a los venezolanos que vivían en lugares remotos, en las proximidades de las fronteras, de los que rara vez se tenían noticias. Que ofreciera una visión, territorial y humana, que no se limitara al marco de las ciudades, sino que, en alguna medida, diera cuenta de la múltiple riqueza étnica, cultural e histórica, de la que poco daba cuenta el periodismo del momento.

En ese ambiente de inquietud y apetitos, de insólito e inagotable fluido de ideas e intercambios, Juan Liscano fue invitado a dirigir “la página literaria”, que muy pronto pasaría a llamarse “Papel Literario”. Sin duda, era el hombre apropiado, el intelectual que, además de su ya considerable bagaje literario –pasó parte de su infancia y adolescencia estudiando en institutos educativos de Europa– vivía con la interrogante de lo venezolano, no como un enunciado general, sino dirigido a los relieves concretos de la diversidad popular cultural venezolana.

Juan Liscano: las dos hipótesis

La primera: así, entre el *Papel Literario* bajo la dirección de Liscano, y *El Nacional* bajo la dirección de Antonio Arráiz (con Miguel Otero Silva orbitando o deambulando libérrimo), hay corrientes temáticas coincidentes, preguntas sobre Venezuela hechas al alimón, preocupaciones comunes y hondas. Entre las vocaciones más personales del poeta y pensador, y la corriente editorial de *El Nacional*, que ponía su interés en la Venezuela profunda, había una complicidad, un espíritu común, una empatía. Lo diré así: en sus tiempos iniciales, *El Nacional* y el *Papel Literario* se asemejan. Son animales distintos, pero de la misma especie. Temas que *El Nacional* destacaba, eran incorporados también por el *Papel Literario*, desde su propia perspectiva. Solo más tarde, con la llegada de la especialización, el profesionalismo editorial y muchos otros factores, el *Papel Literario* adquiriría ese perfil tan diferenciado, ese carácter de ente peculiar –rara ave–, cuando se le comparaba con el actor político y social en que *El Nacional* se consolidaría con el paso del tiempo.

La segunda: Liscano –y sobre este enunciado que propongo, si es que tiene alguna validez, no se ha hecho, hasta donde sé, el reconocimiento que merece– cambió el rumbo del periodismo cultural en Venezuela. Le otorgó una sonora proyección, a lo que era tímido e incipiente hasta ese momento. Hizo importantísimas ampliaciones temáticas, como las señaladas arriba, relativas a las culturas populares. Derribó, con limpio hacer, las fronteras entre la mera reseña y el ensayo; redimensionó ciertas prácticas inevitables, como el comentario de las presentaciones de libros o la apertura de exposiciones, para elaborar, a partir de la inocuidad característica de estos eventos, unas notas llenas de astucia en las que hablaba de los debates y las tensiones intelectuales en apogeo; y, algo esencial –asunto capital de su personalidad y de su hacer como intelectual–, no temió disentir, polemizar, ni tampoco a escuchar y abrir los espacios del *Papel Literario*, a los puntos de vista que se diferenciaban u oponían a los suyos.

En el Liscano que dirigió la etapa inaugural del *Papel Literario*, están las semillas y los frutos jugosos que, en los años y décadas siguientes, Guillermo Meneses, Pablo Antillano, Tomás Eloy Martínez, Miyó Vestriani y otros, también cultivarían, expandirían y donarían a la historia del mejor periodismo cultural venezolano. ☺

80 AÑOS >> CONVERSACIONES MEMORABLES

Adhely Rivero
Un alma distraída

O dia mais longo do homem
Dura menos que um rêlampago.
L. I.

“Felices los que poseen un alma distraída”. Sé lo oí decir al poeta Lêdo Ivo en Valencia, cuando lo invitamos al Encuentro Internacional *Poesía* Universidad de Carabobo en el 2004, a un homenaje compartido con el poeta Alejandro Oliveros. Recibieron la Orden en su Única Clase “Alejo Zuloaga Egusquiza”. Conversamos de nuestros orígenes, él de Maceió, estado de Alagoas, al sur de Brasil, y mi persona de Guadarrama, estado Barinas, al sur de Venezuela, vinculados a lo rural.

Le comenté a Lêdo mis aspiraciones de jubilarme de la Universidad y retirarme al paisaje de mi infancia, entre ríos bucólicos, animales, un mundo de añoranzas, la tierra.

Me habló que la Universidad no cura lo ingenuo. Volver atrás es imposible. La vida es un tren de pasajeros que sube y baja hombres y mujeres en muchas estaciones en idas y vueltas continuas, pero nunca repetirá el primer viaje. Lo que dejaste atrás consérvalo en el recuerdo. La memoria es un cajón de peretos.

Yendo a Puerto Cabello a un recital, Lêdo detuvo el vehículo y pidió entrar a lo que él suponía era una iglesia. Le explicaron que no era un templo, que eso era un motel llamado Aladín, donde acudían las parejas enamoradas.

Dijo: Sí, es un templo donde las parejas también se acercan a Dios cuando en un suspiro elevan sus plegarias al santísimo.

De aquella lectura de Lêdo en Puerto Cabello conservo este verso:

He aprendido poco en mi vida y lo que sé alcanza apenas para vivir.

Me acuerdo de la ida del amigo y hablo: Dios lo tenga a su lado. Hoy me he sentido solo en esta planicie verde en el llano. Sé cuánto queremos a Lêdo Ivo.



Aglaia Berlutti
El limbo

Hará unos tres o cuatro años, llevé a cabo una serie de crónicas sobre mujeres sobrevivientes al cáncer. Cuando comencé, tenía la idea más o menos dramática e incluso, levemente romántica, que sería un recorrido por la forma en cómo concebimos la vida y la muerte, pero en realidad se trató de algo por completo distinto. Seis meses después de comenzar el proyecto, lo abandoné por el dolor emocional y espiritual que me produjo los relatos y las confidencias de los pacientes que decidieron contar sus historias. Poco antes que eso ocurriera, una de ellos me insistió que debía continuar porque “escribir sobre lo que ocurre en medio del limbo es necesario”. Carmen (no es su nombre real) era una mujer de cincuenta años que había sufrido un agresivo cáncer de mama y después, un rebrote en el útero. Al final, en menos de un lustro, su vida y como la concebía, cambió para siempre.

—¿El limbo?—pregunté.
—No somos nadie ni estamos en ninguna parte. ¿No lo sabes? Lo que quiero que sepas es que es necesario que alguien cuente estas cosas—me dijo—, es necesario que la gente sepa cómo se sienten los sobrevivientes. Nadie piensa en eso. Menos en un país como el nuestro.

Un país como el nuestro, sin duda, lleno de todo tipo de dolores. Un país como el nuestro, en que las tragedias abundan y también, la insoportable percepción que el gran cataclismo moral y cultural que nos arrebató incluso la compasión, la capacidad de asombro, la simple idea de asumir que la solidaridad es necesaria.

—Cuando enfermas, dejas de estar en alguna parte. Eso lo entendí apenas me dieron el diagnóstico. La gente habla de ti en voz baja, te mira con miedo. Como si la desgracia fuera contagiosa.

—Somos un país muy joven—me atreví a decir—, tanto como para que todavía nos de miedo la muerte y la enfermedad.

—¿Tú dices que es por eso?—miró la grabadora diminuta que solía estar encendida en la mesa de noche cada vez que conversábamos—¿Tú dices que es cosa del país? ¿De Venezuela que nunca madura, nunca crece? ¿Siempre niña?

—No sé. Cabrujas decía que somos un país en tránsito—atiné a decir—, que de Capitanía General nos queda el aire de cuartel desordenado.

—Qué tino, tenía el viejo para describirnos—Carmen soltó la risa. Grave, dura—, pero es así. Este es el país que somos. Una muchachada aturdida y siempre tropezando de un lado a otro. Carmen había sufrido una mastectomía doble y también, una histerectomía completa. Miré su habitación. Para Carmen, era un refugio. Miré sus libros amontonados en las esquinas. *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett sobresalía del montón. Le pedí permiso para tomarlo. También me gusta mucho ese libro.

—¿Sabes por qué se llama así el libro?—me preguntó Carmen. Asentí.

—Por la cita de Unamuno—respondí.

—Por la cita de Unamuno—repitió en voz baja. La luz de la ventana la hacía lucir cadavérica—, pero también porque la muerte no tiene nombre. No sabemos contra qué luchamos para impedirle, qué es lo que estamos tratando de evitar. Mira, cuando tuve mi primer diagnóstico, el miedo era tan difícil de superar que creí me mataría antes del cáncer. El miedo es una vaina seria, hija.



ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN / ©VASCO SZINETAR



CON LEDO IVO, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR



Alberto Hernández
“La edad es un lenguaje que retiene el olvido”

El encuentro fue en Maracay. Y fue *Viejo*, su último aliento literario, el motivo de la conversación. Hablamos de la edad del lenguaje. Hablamos de la vida de las palabras.

Él dijo:
—Si recorremos nuestras lecturas, si las revisamos, nos daremos cuenta de que hemos vivido con él y para él, con el idioma, con la voz de los otros, con el lenguaje ajeno, con el eco de alguien que nos habla. Hay una poética de la palabra. Ella es nuestra biografía. Nuestro andar y desandar. Nuestras alegrías y dolores. Nuestro pasado y nuestro presente. Y podríamos decir que nuestro futuro. Es decir, nuestro silencio, que es lo que nos viene.
—Entonces —intento acercarme a su reflexión—, podríamos afirmar que la palabra, la lengua, el habla, el lenguaje, tienen una edad. Es la que llevamos acuestas, la que nos sostiene durante nuestra presencia terrenal.

—Mira, Alberto, tenemos edad con él, con el lenguaje. Si somos lenguaje, palabra o silencio, morimos con él. Morimos con la edad de la palabra que hemos usado.
—Pero también, Adriano, hemos sido hechos de olvido. El ser hablante se inclina por borrar parte de lo que ha vivido. Deja a un lado la palabra y se hunde en el silencio.

—Ah, si hablamos así llegaremos a pensar que la acumulación de datos, la cultura, es un vacío, el olvido que esperamos, la muerte. Somos una suma de todas esas muertes. La edad habla, la vejez es un habla cuya particularidad radica en un tono más espiritual que físico, atado a una conciencia recurrente, a veces designada por los tropiezos de un extenso paseo por los recuerdos.
—Quien es viejo escribe para sobrevivir a su propia historia —le digo.

—No —afirma Adriano—, escribe para morirse.



Alberto
Fernández R.

Durante los últimos cinco años he dialogado casi diariamente con Marta Traba (1923-1983). Es la conversación más larga e intensa, y posiblemente la más significativa, que he tenido hasta el momento. Paradójicamente, nunca compartí espacio y tiempo con Traba, de quien este año se conmemora el centenario de su natalicio. Se trata de una conversación que ha implicado un ejercicio metalingüístico. Nuestro dialogo se ha desarrollado a través de la lectura de su prolífica bibliografía. Unos libros que, a su vez, son resultado de otra conversación: esa que, entre los años cincuenta y principios de los ochenta, Traba entabló con la producción artística latinoamericana del siglo XX. ¿Por qué resulta significativa esta conversación? ¿Qué sentido tiene releer a Marta Traba? Se ha escrito mucho sobre esta intelectual, pero la deconstrucción de su legado se ha centrado en aspectos superfluos como las polémicas que protagonizó y no en la puesta en valor del caso radical que encarna su discurso. Tras defender a ultranza el modernismo de corte más internacional, a mediados de los sesenta se autoimpuso la tarea de dilucidar una escurridiza identidad del arte de América Latina. Esto implicó formular un modelo artístico que comunicara los anhelos de la comunidad y, en lo posible, fuera independiente de los centros hegemónicos. Un modelo que conceptualizó como “la cultura de la resistencia” y en el que introdujo su crítica a la sociedad de consumo y al imperialismo estadounidense. Quizás lo más relevante de esta conversación es comprobar que su búsqueda por la identidad se fundamenta, en el fondo, en una de las grandes preguntas filosóficas: ¿Quién soy? Y aunque puede parecer un asunto anacrónico puesto que la globalización ha desdibujado las identidades, lo cierto es que todos los seres humanos estamos compelidos a responder este interrogante que Traba planteó anticipadamente en el campo de las artes visuales.



ALBERTO HERNÁNDEZ Y ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN / ©SOLÁNGEL MENDOZA



Alba Rosa
Hernández
Bossio

Las conversaciones persistentes en mi memoria no ocurrieron sino en la imaginación y el deseo, mis mejores palabras las dije en silencio. Desde niña más que de los libros deseaba las inéditas —*indicta*— de mis padres. Como cuando, entregándole a mi papá mi tesis de Maestría sobre la retórica de José Antonio Ramos Sucre, con intenso asombro exclamó: “¡Ramos Sucre! ¡Yo lo conocí, lo veía mucho, no sabía que era poeta!”.

Mi padre, José Manuel Hernández González, fue doctor en Ingeniería Civil de la UCV en 1928 y yo, cegada, no había tomado en cuenta que era protagonista y testigo del tiempo y la misma Caracas donde Ramos Sucre estuvo presente desde septiembre de 1910 a diciembre de 1929.

Entonces quedamente rememoró las especulaciones sobre su inagotable cultura inaccesible, el suspenso ante su personalidad de genio o de loco. Verlo dando vueltas por las calles del Centro, rondando la Universidad y la Cancillería, conversando en la Plaza Bolívar o frente al diario *El Universal* en Las Gradillas, la calle donde mi padre residía, casa de su prima Nini Sutherland, casada con el hermano de Dolores Amelia Núñez Cáceres, la esposa *de facto* de Juan Vicente Gómez.

Él evocaba, ampliando lo que otros habían referido, traducido a sus propias palabras —indirectamente aludidas—, pero referían también a un momento desconocido de su vida de estudiante, narrado con su hablar comedido y sin desentono. Con su oído absoluto había sido un niño prodigio en el piano, que interpretaba en los trasatlánticos de paso por Curaçao, donde nació y vivió —siendo su padre un exilado de Cipriano Castro— hasta que, a los doce años regresó con su familia a Caracas, cuando el flamante Juan Vicente Gómez se estrenaba decretando la amnistía de los exilados y presos políticos.

Pero la revelación fue su exclamación: “¡No sabía que era poeta!”; respondida: “Muy pocos lo sabían”, para disculparlo con la verdad. Cierto, él no podía recordar que lo llamasen poeta ni poemas sus desconcertantes textos breves que aparecían en los diarios y revistas de Caracas, desde 1911 hasta 1929 (cuando se detuvo su publicación), y que todos podían leer; sobre todo en *El Universal* donde aparecieron ciento veintiséis de los casi doscientos de ellos, en la *lingua d’arte* y el modelo único de poema en prosa que solo a él pertenece, recolectados después en tres libros. Y mi padre no había recordado estos “poemas” que podía leer, o al menos ojear en los diarios y revistas presentes en casa de su prima.

Sesenta años después me figuraba su vida de estudiante que, además, trabajaba en una fábrica guardando una reserva absoluta, porque su casa estaba bajo sigilo. Él podía percibir “el falaz parabién de un sicario” o “los silenciarios” de Ramos Sucre.

Días después me devolvió el trabajo con muchas líneas subrayadas finamente y su rostro y su mirada hablaron por él. Para rememorarle usé las palabras iniciales de su conversación como epígrafe del libro cuando en 1990 fue publicado y él había muerto hacía cinco años.

>>><<<

Albinson Linares

Elogio de lo que no se publica

Suele empezar como un destello, un brillo pícaro en los ojos que surge cuando alguien se interrumpe por un momento. Enseguida, la persona suele decir algo como “te voy a contar esto, pero tienes que apagar la grabadora”.

Los periodistas también somos guardianes del silencio, testigos de versiones incómodas, de historias raras que desafían nuestras ideas, nuestras hipótesis, que extreman los límites y nos invitan a comprobarlas.

Tras un buen reportaje o crónica hay decenas de entrevistas, pero lo más insolito es la cantidad de horas, detalles y pistas que algunas personas comparten al hablar.

A veces las recoges y descubres una veta dorada de textos que esperaban ser investigados, pero en muchas otras ocasiones los reporteros nos quedamos con todo eso adentro: miles de detalles, de declaraciones, de risas y lágrimas, de amenazas y bendiciones.

“Esto te lo cuento porque nadie lo va a creer, para que lo investigues”, dicen y esa roca te cae encima como si fueses Atlas.

>>><<<

Alexis Romero

Una vez al mes

Eugenio Montejo amaba caminar por las calles de Chacao. Una vez al mes pasaba por la Librería Templo Interno, siempre en la tarde, y me invitaba a pasear y conversar.

—Lo que nos enferma es el tiempo —repetía, como quien recita en voz baja un mantra— porque la palabra del poema no alcanza nunca a ser un muro que lo detenga. Posiblemente, no sea en el lenguaje donde debamos buscar aquello que nos salve de sus lesiones, sino en el amor.

—Eugenio, debemos buscar eso en el ejercicio del amor —le dije, con la misma angustia infantil con la que miraba, desde el patio de la casa donde nació, el farallón cuyo ruido nos anunciaba que llovería.

—Alexis querido, no es allí, sino en su silencio. Un poeta debe aprender a oír el silencio del amor. Ese es el muro que nos salva de las lesiones que nos deja el tiempo y su velocidad allí sucede el poema. Debes leer *El poeta y el tiempo*, de Marina Tsvietáieva.

—Hoy es muy difícil oír el silencio interior y el silencio exterior. Nos gobierna el ruido y el grito. Somos un estruendo. Unos bárbaros que vaciamos a las palabras de su asombro sagrado —le confesé, con mis verbos nerviosos.

Me miró, como nos miran los amigos, y me repitió, como quien recita en voz baja un mantra:

—Alexis, una vez al mes debemos hablar sobre por qué un poeta no puede ni debe odiar.

Del libro inédito: *Amigos, gracias*.

>>><<<

Álvaro Mata

La conversación, ejercicio continuo y sostenido

Conversar es una manera de comulgar con el otro para propiciar una conversión. La práctica de la buena conversación nos confronta con puntos de vista radicalmente opuestos, nutriéndonos de la carne psíquica de nuestro interlocutor; terapéutica que nos unge con el “tú conciliador” y saca de posiciones inamovibles, “allí donde el azufre del monólogo hacía imposible respirar”, según anotó Rafael Cadenas, conocedor como pocos de estos asuntos.

Fue en los años universitarios cuando empecé a practicar con constancia la conversación, con frescura y naturalidad, sin prejuicios, con ánimo crítico. Estimulados por las clases que recibíamos en la Escuela de Letras (UCV) —que lejos de ser magistrales, mucho tenían de intimidad y comunión—, con los mejores amigos nos lanzamos a la aventura de conversar sobre lo que nos enseñaban en las aulas, intentando esclarecer nuestras inquietudes e *iniciándonos* juntos en la literatura y la vida. Descubríamos el mundo porque aprendíamos a nombrarlo desde el tamiz de las reflexiones juveniles, mientras íbamos cimentando nuestro sustrato anímico, ese que ahora nos sostiene.

En aquel entonces me di cuenta que conversar no era solo poner a dialogar criterios o confrontar ideas con actitud sabihonda, sino que era necesario algo más: que los cuerpos estuviesen puestos y dispuestos a escuchar(se). Preparada la atmosfera con la *atención* de los interlocutores, comenzaba a producirse el milagro de la conversación, esa en que “las almas adquieren tacto y pueden tocarse”, como nos enseñó Armando Rojas Guardia.

Con este descubrimiento a cuestas, hasta el día de hoy la conversación ha sido un ejercicio continuo y sostenido, con los compañeros de siempre y con los nuevos que disponen las circunstancias, manteniendo invariable la misma necesidad que le dio origen: aprender a nombrar el mundo en que vivo y reflexionar en torno a él.

He hablado durante horas y luego me ha tocado leer transcripciones de decenas de páginas, aunque después solo cite dos párrafos a lo sumo. Sin embargo, en esas entrevistas hay un compendio de todo lo que la persona vivió, estudió, testificó, denunció, sufrió y, por supuesto, gozó.

Esa es la belleza de las conversaciones memorables y aunque uno hace su mejor esfuerzo para recordarle al entrevistado que después de responder a las preguntas del tema, nada del resto se va a publicar, muchos siguen hablando y te tientan con pistas para que sigas escuchando.

“Las mejores cosas pasan cuando no estás grabando, por eso hay que anotarlo todo. Siempre”, me dijo una vez Simón Alberto Consalvi, una madrugada luego de pasar horas hablando de su pasado que, a todas luces, era un espejo de la tragicomedia política venezolana.

Así que la próxima vez que leas un reportaje impactante, bien escrito y lleno de revelaciones, es buen momento para recordar que en esas líneas están destiladas muchas vidas.

>>><<<

Alicia Ponte Sucre

A raíz del Premio Cervantes a Rafael Cadenas

Esta conversación la tuve con Rodolfo Izaguirre luego de recibir la invitación de Nelson Rivera a participar en su travesura literaria de reproducir conversaciones y los frutos que emanan de ellas. El maestro Rafael Cadenas acaba de recibir el Premio Cervantes y personalmente estoy conmovida por ello. De hecho, he escrito a Nelson lo siguiente:

“Leo tu correo después de llorar de alegría y emoción con el maestro Rafael Cadenas, pues apenas hoy pude ver el video de la entrega del premio Cervantes. Demasiado sublime para quienes amamos la palabra como elemento transformador”.

Y si, acepté el reto. Transcribo aquí ideas a raíz de una bella conversación con Rodolfo Izaguirre, quien me ha enseñado aún más a amar la palabra y la poesía de la vida para hacer ese salto entre la ficción y la realidad.

Con Rodolfo transitamos a lo largo del discurso de la entrega del Premio al maestro Cadenas y Rodolfo me resalta algunos conceptos en una clase de civilidad. Mi lectura de esa conversación que me será difícil reproducir de memoria, puede resumirse en estos pensamientos: ellos, escritores como Cadenas o Izaguirre convierten su vida en misterio y vivencias —ya sea en prosa o poesía— como su musa, para seguir viviendo, y por ello su relación con la vida es íntima, para así observar las cosas con cariño y determinación; su argumento, el manejo del lenguaje es bueno lograrlo desde lo más profundo del vivir. Quizás la frase que más me conmueve y que refleja mi aprendizaje de ese día sería, dicho por Cadenas: “El lenguaje es inseparable del mundo del hombre, por ello el deterioro del lenguaje, representa el deterioro del hombre”. Por ello los admiro a ambos, han transitado el recorrido de la sindéresis, siempre con una voz comprometida con y por Venezuela con absoluta honestidad.



CON RAFAEL CADENAS, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR

Alejandro Varderi

Conversando con Manuel Puig en *The Five Oaks*

En mayo de 1990 Manuel Puig vino a Nueva York, para la producción inicial del musical basado en *El beso de la mujer araña*. Nos habíamos conocido años antes en Caracas en casa de Elías Pérez Borjas. Una noche fuimos a The Five Oaks, un *speakeasy* del West Village. Con Marie Blake al piano, conversamos sobre cómo trabajaba sus textos, siguiendo la forma metódica en que los directores del Hollywood dorado planeaban sus escenas. Y me lo contó, mediante una que Irving Thalberg quería para *Grand Hotel* pero quedó fuera. Consistía en un plato de sopa yendo de la cocina al comedor, con una mujer gritando porque el camarero se lo había tirado encima y alguien replicando que estaba fría. Un motivo puesto a conectar varias escenas con un movimiento de cámara, que Puig traspuso a *The Buenos Aires Affair* mediante los flashes al interior de las vidas de las siempre distantes estrellas: “Ven conmigo, querido... Aguardo por ti... La otra noche no pude dormir pensando que tú vendrías a mí...”. Aquella noche en The Five Oaks, Manuel Puig me repitió las palabras de la Garbo, mientras conversábamos sobre la anécdota de las maletas que le llevó cuando trabajaba en el aeropuerto Kennedy, y su asombro al darse cuenta de que ella hablaba sobre sí misma en tercera persona: “la mujer está cansada”, dijo al tenderle la propina. Y ese fue un momento mágico para él, pues entonces visualizó por primera vez a sus mujeres balanceando el cuerpo, ya no desde un avión sino en la mecedora. Mujeres confinadas a sus habitaciones para dejar, como único rastro de su paso por la vida, la memoria de una taza a medio lavar o el sonido de un reloj de pared, es decir el corazón, a veces tan cerca de la boca.

>>><<<

Alonso Moleiro

Solo y admirado, a un paso del infinito

El diciembre del año 2000, trabajando como reportero para el diario **El Nacional**, me tocó hacer una extraña entrevista, difícil de olvidar, a un anciano, cordial y aún elocuente Arturo Uslar Pietri.

Fui recibido por el escritor en su enorme casa ubicada en la Alta Florida, en la cual vivía solo desde hacía unos años. En un amplio salón estaba un anciano adusto y algo imperioso, de amables maneras, sentado en el extremo final de su vida, conversando desprevenidamente sobre sus problemas con la sordera, y mostrando al fotógrafo, con cierta satisfacción, la enorme lupa que todavía le permitía leer.

Uslar hizo algunos comentarios sobre su soledad y las dificultades de su cotidianidad. Se quejaba con amargura resignada sobre las dificultades de la vejez. Habló someramente de su esposa, fallecida unos años atrás; comentó que uno de sus hijos pasaba a visitarlo para acompañarlo y auxiliarlo.

Tuvimos entonces un breve intercambio sobre los años y la noción de futuro; sobre la Venezuela de su infancia, sobre el enorme cambio que había experimentado el país desde entonces, que Uslar reconocía con toda claridad, a pesar de su amargura con el devenir ulterior de la nación. Arturo Uslar recordó ese día la caravana fúnebre que llevaba los restos de del ex presidente Isaías Medina desde Campo Alegre hasta el Cementerio General del Sur.

La charla que quería seguir escuchando se fue extinguiendo para abrirle paso a la entrevista que nos tenía en su casa. Mientras lo escuchaba, pensaba en lo indefensa que se veía aquella figura plácida, tantas veces vista en la televisión, unánimemente reverenciada por su brillo, que aquella mañana estaba renuente a polemizar.

Fui despedido en la puerta por el propio autor de *Las lanzas coloradas*. De regreso al periódico, pensaba en el tiempo que le podía quedar a Uslar de vida, en el final de la vida, en tener 90 años, en los lauros y los fracasos, en el tiempo vivido, en el umbral del abismo. Pensé que la mía podría ser, quizás, la última de sus entrevistas.

Dos meses después, fallecería Arturo Uslar Pietri.

80 AÑOS >>> CONVERSACIONES MEMORABLES

Ana Lucía De Bastos

Salí a montar bicicleta con mis amigos y traspasé el área que me estaba permitida. Subimos por la carretera a otro conjunto residencial y una vez ahí escucho a un señor, sentado en una esquina, recitando un largo poema. No era un sitio habitual para un pordiosero, pero ahí estaba, un señor –quién sabe si era joven o viejo, era mayor que yo, así que para mí, entonces, era viejo– en una esquina, con la ropa sucia de estar en la calle. Me acerqué a oírlo recitar. Era un largo poema sobre una serpiente emplumada. Cuando terminó de recitarlo, nos contó que estaba publicado por el Banco del Libro. Me aprendí el nombre y le dije que buscaría su libro. Entonces lo recité en portugués, en inglés, en francés. Yo tenía tantas ganas de saber quién era él. Me senté a su lado y se puso a llorar. Me dijo que era un hombre rico, de la familia Boulton. Que podía investigar y me daría cuenta de que era una familia muy importante. Para probarlo, nos enseñó la marca de sus pantalones y zapatos sucios. Nos dijo que la vida no valía más la pena para él. Que quería que lo atropellara un carro, que a nadie la iba a importar. A mí, a mí sí me importaría, le dije sinceramente cuando hizo el amago de pararse en la carretera. Nos dijo que la vida podía ser muy triste a pesar de tener todo ese dinero. Que a veces uno quería morirse, matarse. Entonces comenzó a llover, nos teníamos que ir. Le dije que viniera a mi casa, que llamaríamos a su familia. Mis amigos se asustaron y se adelantaron. Yo no quería volver sin ellos, los necesitaba, pero ellos no querían que viniera el indigente.

Dejé al poeta bajo la lluvia. Al llegar a casa busqué a la familia Boulton en las Páginas Blancas. Con la ayuda de mi mamá conseguimos hablar con un vigilante de la familia a quien le expliqué la historia. Nos dijo que investigaría de quién se podía tratar. Llamaron al día siguiente: no había nadie de su familia que estuviera perdido, que tuviera ese nombre, que hubiera escrito ese libro. En cuanto pude me acerqué al Banco del Libro en Altamira. El libro no existía, ya no podría escuchar nunca más ese poema.

>>>><<<<

Azalia Licón

Esta es una conversación continuada, que inicia en la pandemia por Skype y continua hoy en día vía WhatsApp con mi colega, amiga e investigadora Oriana Mejías Martínez, con quien he tenido el raro gusto de abordar el tema que debería interesarle profundamente a nuestra generación: cuáles son las causas que nos llevaron a este insilio-exilio, a esta profunda grieta que trastocó los cimientos de nuestros núcleos familiares y de nuestra identidad.

A ambas nos une y nos interesa la fotografía como documento histórico, en estas conversaciones he aprendido de Oriana la necesidad de abordar la mayor cantidad de fuentes documentales a las que se pueda acceder para reconstruir, con ese material disponible, ese tiempo que no vivimos, y en ese pasado, encontrar posibles respuestas sobre nuestro presente. Nuestras conversaciones han llegado a espacios de investigación, como la Hemeroteca Nacional, en la que una vez coincidimos con Claudio Fermín, mientras trataba que me dieran el tomo en el que reposa un ejemplar del Últimas Noticias del 28 de febrero de 1989, cosa que nunca ocurrió. En este mismo lugar, nos horrorizamos cuando encontramos una selección “curada” de material hemerográfico de El Caracazo, coincidimos en que era terrorífico el nivel de injerencia de “el gran hermano”, en cuanto lo que puedes leer y no, de materiales que no deberían ser sometidos a ningún filtro por parte de quién administra una parte fundamental de la memoria histórica de este país.

Hemos conversado también sobre cómo la ceguera selectiva de una parte de quienes debían “atacar al enfermo”, sobre todo en el plano de lo cultural-simbólico, hizo que el monstruo terminara de coger forma.

No queremos que se vuelva a cometer ese error. Tenemos siete años sin vernos personalmente.

>>>><<<<

Bárbara Piano

Fragmentos

Conversaciones memorables, que cambian conceptos de vida, dijo Nelson Rivera, sostén de este maravilloso entretenimiento dominical llamado *Papel Literario*. Busco y rebusco en mi memoria y no encuentro sino fragmentos: por ejemplo, las amenazadoras (para mí) conversaciones del Taller Calicanto de la querida Antonia Palacios. Jamás intervenía por temor a decir algo tonto, pero escuchaba en silencio, torturada por mi propia ineptitud, conversaciones llenas de anécdotas y de citas eruditas.

O, en otro ámbito, las conversaciones atrapadas con el rabillo del oído, en las que se critica a tal o cual persona, o se habla de nosotros mismos. ¡He allí una verdadera epifanía! No hay nada igual...

O las conversaciones de los grupos de WhatsApp; el del condominio por ejemplo, donde yo leo a medias lo que dijo Fulano y Fulano lee por encima lo que respondí y así nos enganchamos en una brutal pelea, tecleando como locos la pantalla del celular, para luego finalizar en nada, abandonando el ring por cansancio.

En otros siglos las conversaciones eran un arte, no sé cuántos tratados existen sobre la argumentación, ni quiero saberlo, pero era un arte. Tal vez porque tenían mucho tiempo antes de que oscureciera y llegara la hora de apagar las velas.

Andrés Boersner

Hola, Nelson. Excelente proyecto, ideal para una celebración tan importante. Agradecido por incluirme en la curaduría. Conuerdo contigo en la importancia de la conversación como género literario. Ya lo sabían los antiguos y durante todo el siglo XX se retomó de manera formidable por escritores y filósofos tan solventes como Borges, Berlin, Steiner, Suzuki, Krishnamurti, Cioran o Uslar Pietri (por citar un ejemplo local). Uno de los libros fundamentales de nuestra historiografía contemporánea es *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, escrito por uno de los ilustres directores de **El Nacional**. Los alemanes no dudan en catalogar *Conversaciones con Goethe* como uno de los diez libros icónicos de su repertorio. Lo mismo los ingleses con la *Vida del doctor Johnson*. Sócrates, Buda, Epicuro y muchos otros no existirían sin el registro conversacional. ¿Qué son los archivos de O’Leary, aparte de una conversación continua y cotidiana con Bolívar? Los ensayos de Montaigne, ¿no son otra cosa que conversaciones imaginarias con su gran amigo Étienne de La Boétie?

>>>><<<<

Ariel Jiménez

Una conversación con Catalino

Hay en efecto conversaciones, a menudo casuales, que cambian nuestras vidas. Yo recuerdo una, cuando era todavía un adolescente de 12 o 13 años, que me impresionó durablemente, tanto, que la recuerdo como un verdadero despertar intelectual. Estaba en el patio de mi casa, en lo que se conoce como El camino de los españoles. Hasta allí había llegado un campesino solitario proveniente de Altagracia de Orituco, a quien mi padre le había conseguido un lugar para vivir, bastante más arriba, en la zona de Sanchorquiz.

No recuerdo bien las circunstancias de la conversación, solo que se centró sobre la noción de tiempo. Él me hablaba de la posibilidad de cambiar la hora de un país, algo que me parecía imposible, porque para mí la hora era, simplemente, la manifestación de un valor que abarcaba al universo entero, y que fluía de manera permanente, igual para todas las cosas y seres del mundo, estuvieran donde estuvieran e hicieran lo que hicieran. El reloj, pues, para mí, solo medía el paso de ese factor que nada ni nadie podía cambiar: el tiempo.

Yo no tenía entonces el conocimiento necesario para deslindar la noción de tiempo universal, tal y como lo concebía Newton, por ejemplo, de la medida del tiempo y de los husos horarios. Para mí, en la ingenuidad de un adolescente ignorante, la hora que medía el reloj y el tiempo como tal, eran una misma cosa. Y él, ese campesino humilde, me hizo entender que se trataba de cosas distintas. Que el tiempo era una cosa, un valor del universo, y otra la medida del tiempo, que era tan solo una convención humana que podía ser modificada. Era la primera vez que yo me enfrentaba a una noción que más tarde se convertiría en una de las características centrales del pensamiento moderno tal y como lo descubro, con asombro, en los escritos de Albert Einstein: que entre la verdad ontológica del mundo, y las herramientas creadas por la humanidad para darles una explicación plausible, existía un abismo que no podíamos franquear.

Esa conversación fue para mí memorable. Un choque intelectual que mis lecturas posteriores no hicieron más que confirmar y profundizar. Nunca pude olvidar aquella tarde, en un patio cualquiera de la Caracas marginal, con un ser que nada pre disponía a la abstracción, y que abrió un abismo en mi mente.

>>>><<<<

Benjamín Scharifker

Un diálogo cristalino

Los científicos dialogan con sus objetos de estudio mediante experimentos y observaciones, y nutren sus preguntas y respuestas de conversaciones que sostienen con mentores, colegas y discípulos.

Mi primer encuentro con Alexander Milchev, investigador de la Academia Búlgara de Ciencias, fue en Inglaterra en 1978. La guerra fría enrarecía la relación a través de la cortina de hierro, pero no la impedía. La escuela búlgara era conocida por sus avances en el estudio del crecimiento de cristales y el propio Milchev había contribuido con aportes notables. Siendo investigador de la Academia y 10 años mayor que yo, mi trato hacia él era de doctor. Hasta que me dijo “No me sigas llamando doctor: en mi país, para ser doctor, además de la tesis doctoral, hace falta escribir una disertación sobre marxismo, y no he sido capaz de hacerlo”.

En el laboratorio de Electroquímica de la Universidad de Southampton, y durante tres meses, hicimos experimentos con cristales de plata creciendo sobre superficies de carbono. Observamos que cuantos más cristales había, más lento crecía cada uno de ellos. La irreproducibilidad de los resultados y las dificultades para entenderlos nos obligaron a la búsqueda de variables escondidas. El diálogo con los cristales nos llevó a una extendida conversación científica durante cuatro décadas. La sostuvimos en sucesivos encuentros personales en Bulgaria y otras partes de Europa, por vía postal, luego correo electrónico y, sobre todo, con publicaciones científicas. Desde nuestros respectivos laboratorios, contradijimos, complementamos o corroboramos los conocimientos que procurábamos y las conclusiones a las que llegábamos. La profundidad y el rigor de las ideas conversadas fueron impulso para elaborar, junto a otros colegas, teorías que hoy nos permiten describir la velocidad de formación y crecimiento de cristales sobre superficies y su distribución espacial.

Alexander Milchev falleció en Sofía el 6 de noviembre de 2022. Sus ideas permanecen.

Te agradezco mucho la invitación y acepto con temor el reto. Pero de eso se trata: los escritos de circunstancias son la cara amable de la moneda. Los encuentros espaciados y definitivos son otra cosa. Lo considero un desafío, como texto abierto al público, ya que comporta mucho más que eso. Es como desollarnos en vivo. Aparte de las conversaciones íntimas, familiares, que cambiaron o distrajeron mi rumbo, no recuerdo otras tan contundentes como las que tuve con Miguel Von Dangel. Creo que hay otros interlocutores más autorizados que yo que armarán un escenario más detallado, revelador y contundente, acerca de seres tan entrañables y definitivos como Montejo, Cadenas, Sofía Ímber, Elisa Lerner, Victoria De Stefano o el kiosquero de nuestro barrio que nos introdujo en el mundo de las historietas con *El monje loco* o con revistas de “alta temperatura” como la mexicana *Lulú*.

Espero que esto te llegue, en un país, nuestra Venezuela, donde no resulta descabellado imaginar la resurrección del telégrafo. Abrazo, Andrés.

>>>><<<<

Aura Marina Boadas

Una frase que me martillea la cabeza

Una conversación memorable la vislumbro privada y vinculada a un momento especial. Lo que aquí propongo se acerca más a los actuales hilos de conversación que abundan en las redes sociales y consisten en la interconexión de una serie de elementos individuales que se van tejiendo como una cadena de pensamiento para construir un discurso.

Recientemente, me he percatado de que desde hace años mantengo una conversación sobre feminismo a la que se han ido incorporando distintos interlocutores. La primera, mi mamá, para quien la autonomía y la formación académica eran dos premisas innegociables.

Finalizando bachillerato un profesor me recomendó leer las *Memorias de una joven formal*, diario sobre la búsqueda de una vida propia. Esto bastó para tomarme la obra de Simone de Beauvoir por tarea.

Una amiga de la familia me regaló *Las palabras y las mujeres*, de Marina Yagüello, para llamar mi atención sobre las variaciones del lenguaje según el sexo de los hablantes.

Una colega se ocupa de estudiar literatura escrita por mujeres y una amiga es lectora voraz de novelas de autoría femenina. Ambas me transmiten análisis y frases memorables.

Otra amiga me devuelve, como en un espejo, una frase que le dije algún día: “que te censuren otros si quieren, pero no tú”.

En una defensa de tesis hablan sobre muñecas de tela que participan en la narración de relatos para sensibilizar sobre problemáticas femeninas, y recuerdo las muñecas que yo hacía, todas de personalidad definida y bautizadas según el santoral.

Una activista dice que a veces cuando las mujeres ya se perfilan para cargos de poder, los evaden racionalizando los hechos y argumentando otros planes. Una frase que me martillea la cabeza.

Hoy constato que he mantenido una conversación continuada, fragmentaria, oportuna, aliados que alertan, una sororidad que sostiene, acompaña y respalda.

>>>><<<<

Carlos Katán

Una conversación sobre Trilce

Trilce, como todo gran poema y toda gran conversación, es el lenguaje hablando a través de nosotros, más allá de la propia lengua.

Nos reunía en Granada a Héctor Hernández Montecinos y a mí, un homenaje a los cien años de publicación de *Trilce* de César Vallejo.

Hablamos sobre el lenguaje, de la manera en que avanza periódicamente igual que una enfermedad y de que su fin es la autodestrucción. De cómo creemos, angustiosamente, que las palabras, en su autonomía, se dirigen hacia el camino de la absolución final y cómo el poeta se encuentra sujeto a sus designios.

Héctor comentaba cómo Zurita decía que cuando el verdadero poema surge, no habla el poeta sino el lenguaje.

“Es el lenguaje hablando a través del poeta quien escribe, cuando intentamos forzarlo para que diga lo que queremos –y no lo que tiene que decir– es cuando todo se tuerce”

Hoy pienso en que al final lo que nos reunió era esa potencia destructiva, esa fascinación por el fin del lenguaje con la que nos topamos cuando leemos a Vallejo.



Carlos Sandoval

“Práctica del mundo”

Fue casual. Él buscaba la oficina donde le indicaron debía retirar los honorarios por las clases que dictó en la maestría en literatura venezolana. En el área de administración un solitario vigilante cerraba puertas y luces. A esa hora los empleados cazarian busetas o vagones del metro rumbo a sus casas. Me ofrecí ayudarlo. Eran los tiempos cuando me quedaba hasta entrada la noche en aquellos tranquilos espacios adelantado lecturas y artículos o corrigiendo trabajos.

Dijo que le era imposible regresar: un viaje al extranjero lo retendría varias semanas, que la secretaria aseguró que la caja cerraba a las cuatro –en cuarenta minutos– y que acaso era mejor olvidarse del asunto.

Redacté una autorización adjuntándole copia de su cédula de identidad. Prometí depositar el cheque en su cuenta mientras me disculpaba en nombre del postgrado. Él lamentó no cargar alguno de sus libros; le dije que todos sus títulos me acompañaban desde cuando me topé con *Terredad* el primer semestre de Letras y que ahora eran parte de mi biblioteca mental. Desbocado, cité estrofas de carretilla, recordé ensayos: “Las piedras de Lisboa”, “Blaga, el rumano”, “El taller blanco”... Me detuvo con un gesto de la mano para decir que hubo una época en la que descreía de los talleres literarios, pero cayó en cuenta del equívoco y por eso escribió “El taller blanco”. Es necesaria una instrucción en los rudimentos expresivos y, más aún, en el objetivo –algo así– de lo que se burila en la página; tener una poética, en fin, que articule la obra que vamos escribiendo en el transcurso de nuestra vida porque allí, en la conciencia sobre el uso auténtico de la lengua, está la clave de la literatura. Escribir comporta una responsabilidad, Sandoval (creo que dijo), pero eso no basta, eh: un día sin leer y sin reflexionar acerca de lo que leemos es un día perdido; un día sin pensar la poesía o los símbolos de la cultura nos hace menos humanos, menos nosotros, más bárbaros. Por eso quiero hacer versos con el mismo amor con el que mi padre hacía panes: el más humilde de los alimentos.

Meses después encontré una notita en mi escritorio: “Llamó el poeta Montejo, profesor. Que muchas gracias”.



Carmen Leonor Ferro

Una huella indeleble

Según Montaigne el diálogo es el más natural y fructífero alimento del espíritu, buenas noticias para quienes nos ocupamos de enseñar idiomas, ya que nuestra principal herramienta de trabajo es conversar.

En mis años de docencia he acumulado un gran número de horas de plática con mis estudiantes de las cuales tengo recuerdos muy emotivos. He tenido conversaciones que se han prolongado en el tiempo, conversaciones en interlenguas o en lenguas inventadas, conversaciones para las que creía que estaba preparada, pero me sorprendían por poseer una vida propia, una biología particular. Algunas anécdotas, producto de largas tertulias llenas de balbuceos típicos de quienes aprenden un idioma extranjero, flotan en mis recuerdos.

Aún me parece escuchar a Flavia, con quien mantuve un diálogo de muchos años, hablándome de su miedo al demonio y advirtiéndome que lloraría durante toda la lección, o a mis alumnos de la universidad de la tercera edad que me pidieron una tarde que omitiera el capítulo sobre el futuro, alegando que no era un tiempo verbal útil para ellos.

No puedo dejar de sonreír al acordarme de la historia de Massimo –juez de la corte de casación– cuyo perro Ettore vivía intranquilo y no dormía hasta que no estuvieran todos en la casa. Para resolver el problema, el psicólogo les recomendó una terapia familiar que los ayudara a comportarse como los jefes de la mascota. No es fácil disuadir a un can de su responsabilidad de padre de familia.

Muchas veces, conversar en un idioma que no es el familiar hace que veamos las cosas en claves diferentes, nos permite entrar en los grandes enigmas con el recato y la humildad de un aprendiz.

Mi alumna Manuela me llamó una noche desde un sanatorio de Lausana donde estaba esperando la muerte y me pidió que le diera clases particulares, así lo hice durante semanas en las que sostuvimos telefónicamente una conversación que dejó en mi memoria una huella indeleble.



CON EUGENIO MONTEJO, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR



Carlos Zerpa

Cucarachas neoyorquinas

Llegué a Nueva York en 1981 con la idea de quedarme por un tiempo largo, estudiar inglés y participar del acontecer artístico de esa fabulosa ciudad.

Al llegar fui hospedado por un querido amigo de mi juventud. Más que un amigo un hermano.

Llegué a su loft en Tribeca, al lado de la *Go Go Girls* en Manhattan, con una botella de ron Caballito Frenao como obsequio y de inmediato él me asignó mi cuarto. Al caminar me di cuenta de que todo el piso de madera estaba cruzado de gruesos cables anaranjados y negros que salían de los enchufes múltiples cual cabelleras.

Los cables atravesaban y se entrecruzaban trepaban por los muros y llegaban a todos los rincones para alimentar a las lámparas y reflectores de alta potencia. Todas encendidas a la vez, parecía un estudio fotográfico o una instalación de Boltanski.

Todas las luces encendidas hacían que uno se sintiera en un set cinematográfico o en el desierto del Sahara.

Estaba extrañado de esta costumbre de mi amigo de tener día y noche todas las luces encendidas y de saber que en ese lugar se dormía con las luces encendidas; me quedé inmóvil con mi equipaje en la mano sin atreverme a dar un paso.

Mi amigo al verme atónito me dijo: Es por las cucarachas. Para que no salgan.

Dejé la maleta en el piso, le di la botella de ron y a causa del calor, del viaje del verano en la ciudad y las luces, que me dirigí a la nevera a buscar un vaso de agua fría; al abrirla me encontré que la nevera estaba llena de libros, él la había convertido en una biblioteca que enfriaba libros. Es por las cucarachas. Para que no se metan dentro de los libros, me dijo.



Carmen Verde Arocha

Ese último día

8 de marzo de 1992. Recuerdo una biblioteca muy espaciosa, la colección completa de *El Cojo Ilustrado*. Veo retratos de su infancia, de su juventud y de sus hijos. Estoy en su apartamento en La Castellana. Oigo su voz: “Ningún historiador es objetivo al escribir, porque su ideología de alguna manera u otra lo limita. Yo cuando escribo sustento la ficción en una rigurosa investigación histórica, porque un escritor recrea pero no miente”, es el psiquiatra y escritor Francisco Herrera Luque (1927-1991). Conversamos casi tres horas, compartimos una torta de chocolate que nos trajo María Margarita, su esposa. Nunca imaginé que sería nuestro último encuentro. Lo había ayudado, por algunos meses, a transcribir *Los cuatro reyes de la baraja*, al tiempo que preparaba mi tesis de grado sobre su novela *La luna de Fausto*. Me habló de su doloroso trabajo: “Escribir tiene algo de vómito, de catarsis, un desgarramiento que me confronta con esta Venezuela. A este país le espera el fracaso, la quebradura”. Treinta años atrás, no alcancé a entender su angustia por lo que avizoraba, pero ahora ante este deterioro y vértigo en el que vivimos, recuerdo sus palabras. Metió en un bolso negro todos sus libros: *Los viajeros de Indias*, *Boves*, *El Urogallo*, *Manuel Piar*, *caudillo de dos colores...* y me los entregó. Los había pedido a la Editorial Pomaire, que poseía todos los derechos. “No escribo para los historiadores, lo hago para los jóvenes que trabajan, luchan y estudian en la búsqueda de un porvenir”. Ese 8 de marzo me acompañó caminando hasta la estación del metro de Altamira. Se detuvo frente a un kiosco e intercambió palabras con el joven que lo atendió. Me contó gran parte de su vida, quería aislarse, agobiado por el cansancio. Según él, estaba como su padre, cerrando su ciclo a los 63 años: “Quiero sosiego, no dar más ni recibir”. Y lo vi irse, agarrado del bastón que lo ayudó a soportar la gota, enfermedad que ocasionó la muerte de Carlos V. Herrera Luque, un mes después (15 de abril), de nuestra despedida.

Carlos Zerpa

La señora Rosa

Rumbo a la capital, de vez en vez iba a Caracas, a ese inmueble situado entre las esquinas, Castán y Palmita en el edificio Monte Cristo, a visitar en a mi querida tía Lilia, la poeta, la escritora, mujer llena de cultura y conocimientos... me unía a ella el mundo del arte, un gran respeto y admiración. Ser poeta en mi familia era algo excepcional y ella muy elegante e inteligente, orgullosamente lo era.

Pero quien me recibía, quien me hacía la antesala era la señora Rosa, su asistente, el ama de llaves, la señora que siempre la había acompañado.

Al llegar me saludaba y de inmediato me preguntaba: ¿Una dona? Yo respondía que no y ella de inmediato siempre completaba: “Una dona, tena, catona, libra, cuadrete, estaba la reina sentada en su cuadrilete”.

Yo esperando a mi tía, viendo los recuerdos de viaje o las medallas de su difunto marido militar, que encerraba su vitrina o unos suecos de madera originales de Holanda pintados con molinos de viento que colgaban de la pared.

Mi tía aparecía y me invitaba al diálogo, yo la seguía a la sala, volteaba y miraba a la señora Rosa, yo podía leer sus labios: “Vino dril quebró cuadril, cuadrón, cuenta las veinte que las veinte son”.

Han pasado tantos años de estos encuentros, mi tía Lilia murió hace ya bastante tiempo, la señora Rosa muy viejita está reclusa en una casa para ancianos, nunca la volví a ver, aunque imagino que sigue con su eterno rosario con aquello de la dona, tena, catona, libra y cuadrete... Yo por mi parte también con muchos años y canas les confieso que nunca conté las veinte que quería ella que contara.



Carmen Virginia Carrillo

Líneas rescatadas de una conversación con Eugenio Montejo

¿Consideras que la palabra es un instrumento confiable para representar el mundo, o constituye la gran ilusión del hombre?

Tal vez haya algo de ilusión en el hecho lingüístico, pero es el gran instrumento, el más indispensable de los medios expresivos a nuestro alcance. Con todo lo ilusorio que pueda resultar, se trataría de una ilusión que va cambiando a través del tiempo, pero sigue siendo indispensable. La palabra cuenta mucho en todas las circunstancias; constituye la característica antropológica por excelencia para diferenciarnos del resto de las especies.

¿Y la poesía?

Si tomamos en cuenta que donde está la palabra en su más alta expresión es en la poesía, tenemos que convenir en que la poesía cumple una función suprema que, como escribió Joseph Brodsky, “constituye nuestro fin antropológico genético”.

¿Crees que el arte y la literatura, en particular, la poesía, siguen ocupando un lugar privilegiado en nuestra sociedad?

Asistimos a una curiosa radicalización: mucha gente está tomando muy seriamente, como única religión verdadera, la religión del dinero. No es que lo crematístico no haya importado en otras épocas, sino que en nuestro tiempo asistimos a una radicalización, a cierto fundamentalismo del dinero. Frente a eso, lo único que podemos oponer es la religión del arte como fundamento de algo más valedero y profundo. No por dinero se escribieron ciertos poemas de Shakespeare o de Yeats, o la *Pasión según San Mateo* de Bach. Existe algo más, y ese algo más es lo único que podemos oponer a la radicalización del dinero, tan presente en nuestros días.

¿Sería, entonces, la poesía la esperanza que nos queda para cambiar este mundo materialista y deshumanizado?

Sí, la poesía siempre va ligada a la vida del hombre sobre la tierra y esta no se puede entender sino en términos de esperanza. La vida es fundación de esperanza, y la poesía propone ese llamado a lo esencial.

80 AÑOS >> CONVERSACIONES MEMORABLES

Carol Prunhuber
Con Cioran

“A través del humor uno evita la falsedad. El humor devuelve la dimensión humana. Es una forma de humanizar lo inverosímil”, me dijo una vez Cioran, a quien conocí, en 1982, gracias a Vasco Szinetar.

Tuvimos animadas charlas al caminar por París o en mi pequeño apartamento, con un concierto de piano de Brahms de fondo.

Celebrado por su filosofía del pesimismo, del sufrimiento, la decadencia y el nihilismo; yo en cambio hallé a un hombre que amaba la vida. A veces me decía que estaba deprimido, pero a medida que charlábamos comenzaba a contar historias con su humor contagioso que lo sacaba del pozo. La risa cambiaba su estado de ánimo y al despedirnos se iba alegre, con una sonrisa y un destello de luz en la mirada.

Mantuvimos largas charlas telefónicas. Una vez contestó con voz decaída. Estaba deprimido, pues acababa de hablar con un joven que quería suicidarse y él intentó convencerlo de que no lo hiciera. Me explicó que una cosa era escribir sobre el suicidio —una idea que fortalece y permite soportar la vida, porque existe la opción de ponerle fin—, y otra cosa era convencer a ese ser humano de que desista del acto mismo y encuentre el deseo de vivir.

“En mi texto sobre el suicidio, olvidé precisar que, en mí, el suicidio es una idea no un *impulso*. Eso explica las contradicciones, las cobardías, los titubeos que ese gran tema inspira”, escribió.

A Cioran le importaban las personas, sentía empatía por el dolor del otro, era sensible a la desesperación de las personas. Siempre intentó dar consejos, “pero consejos prácticos, que ofrecen la posibilidad de cambiar de perspectiva completamente”. No era una postura filosófica. En una entrevista aclaró haber abandonado la filosofía “por amor a las experiencias, a las cosas vividas, a la locura cotidiana”.

César
Miguel Rondón

AE: Señor Chaplin, usted me sorprende. Usted no dice ni una sola palabra, pero todos le entienden, y le quieren y le admiran.

CCh: No, señor Einstein, es usted el que me sorprende. Usted dice muchas palabras, y habla y habla y habla, y nadie le entiende, pero igual todos le quieren y le admiran.

Christiane
Dimitriades

El viejo ayudante de dios

*Para el sueño de la muerte
nadie es demasiado viejo*
Marina Tsvetàieva

Mientras esperaba que mi madre se recuperara de su estadía en el hospital, yo pasaba las horas caminando por los estrechos pasillos del segundo piso, había escuchado que el paciente de la habitación contigua pronto moriría.

Una tarde decidí visitarlo. Oscurecía, todavía las luces no estaban encendidas, retrocedí de inmediato.

El día siguiente me armé de valor y pasé al interior de la estancia. Me senté junto a la cama. La muerte balbuceaba entre sus labios.

Como si viniera de otro mundo, abrió los ojos y me sonrió: —He estado soñando, ¿sabe?, solamente el sueño me reclama, creo que la vida se hartó de mi existencia.

—Alguien escribió que el sueño es el reflejo del amor, respondí.

—Verá usted, las alas de Cupido han sido muy cortas para mí.

Tras una larga pausa lo invité a dar unos pasos. Nos dirigimos hacia la ventana para contemplar la falda de la montaña.

Satisfecho en su silencio, parecía levitar.

Con dificultad regresó a la cama.

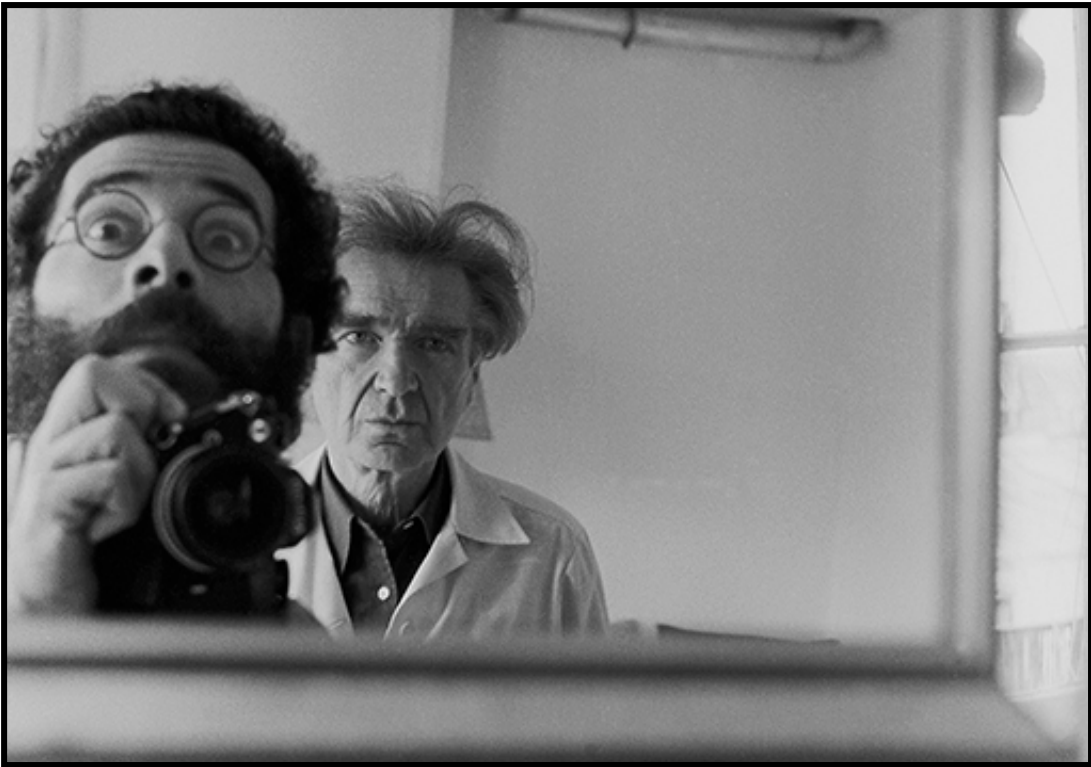
—Lo ve, mi cuerpo ha dejado de servirme. Además, ya es hora de que mi espíritu comience a tener trato con el diablo tal vez, que es el viejo ayudante de dios.

Cómo sería su casa, cuáles sus libros, tendría amigos.

Quién era yo para abordar a ese hombre del que emanaba sabiduría, acaso para ver el perfil de la muerte, para entablar con ella una forma de amistad en un intento por domeñarla.

La expresión del enfermo adquirió la serenidad de una estatua clásica. Dicen que justo antes de morir, la belleza nos envuelve en su atmósfera.

Esa noche escuché los pasos de las enfermeras en su habitación, recogían sus escasas pertenencias.



CON EMIL CIORAN, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR

Claudia Cavallin

Desde que salí de Venezuela, y como descendiente de la migración italiana que allí vivió, siempre me he mudado llevando, en el equipaje de la memoria, las palabras que habitaban en los libros de papel que nunca cruzaron las fronteras. He trabajado en cinco universidades, tres países, dos idiomas, y todo pareciera conectarme siempre con el espacio común de las nuevas generaciones, aquellas que desean aprender sobre lo que sucede actualmente o predecir lo que vendrá. No obstante, para mí, la conversación más valiosa es la que me permite volver a mis raíces, más allá de toda geografía. Con Victoria De Stefano pude hablar siempre desde la distancia. Nos unimos a través de la escritura. Me contó sobre su Rimini natal, que su madre era de Parma, su padre del Sur —un pequeño pueblo llamado Padula—, y que se conocieron paseando en la Plaza San Marcos. Narraba, con detalle, la experiencia de sus padres cuando ambos vivieron en Venecia. En ocasiones nos mudábamos a sus sentimientos del día a día, “me leen los lectores más jóvenes”, o “acuérdate de la frase de Lezama Lima (...) viajero inmóvil (...) siempre se puede viajar leyendo”. A veces se despedía de mí con “te saludo, tengo que preparar el almuerzo” y desde tan lejos compartimos algunas recetas culinarias. Uniendo el sabor y las palabras, me contó que “Salvador Garmendia, que era maderugador y muy trabajador, a eso de las once bajaba a la cocina a tocar las ollas para palpar un poco de realidad”. Cada vez que vuelvo a leerla, cada vez que viajo —así sea a través de los recuerdos—, cada vez que cocino —que es uno de mis pequeños vicios—, converso en mi memoria con Victoria De Stefano.

Corina
Yoris Villasana

Música, matemática y filosofía

En recuerdo de un viejo profesor

Durante mi etapa de estudiante de Matemáticas en la USB, un día, acuciada por la inquietud de estudiar paralelamente Filosofía, me acerqué a un excelente profesor del Departamento, Julio Cano, y le comenté que tenía la intención de inscribirme también en alguna de las Escuelas de Filosofía que funcionaban para ese momento en Caracas.

—Profesor Cano, llevo un tiempo pensando en estudiar paralelamente Filosofía. He estado averiguando dónde inscribirme.

—¿Y cuál es su duda, Corina?

—No es una sola, profesor. Son muchas. Unas, vinculadas con la posibilidad de hacer ambos estudios a la vez. Otras, sé que nosotros en Matemáticas precisamos conceptos, pero yo vivo cuestionando todo y no encuentro con exactitud la relación entre ambas disciplinas.

—Corina, nosotros ejecutamos la música; usted se va a buscar de dónde sale. Hágalo y después nos ayuda a comprender lo que hacemos.

Han pasado unos cuantos años. Mejor no los contamos. Pero, esa conversación marcó mi vida. Decidí emprender ese camino, no exento de piedras, zancadillas y muchos obstáculos misóginos.

Ha sido un recorrido que bien podría equipararse con el viaje del protagonista de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier. Este personaje busca el origen de la música y se encuentra con la selva venezolana donde hace su gran descubrimiento: allí es donde se siente mejor conectado consigo mismo.

Yo también he girado en el cosmos filosófico, buscando esa conexión del mundo de los números con el Ser. Así me relacioné con los pitagóricos para encontrar la armonía; paseé con Platón por la caverna buscando el número para distinguirlo de la apariencia física sensible; caminé peripatéticamente con Aristóteles para adiestrarme en lógica; visité a los escolásticos en el medievo; volé en medio de Descartes y Kant; aterricé de un plumazo en Wittgenstein y hoy, trato de “argumentar” que, si he tenido conversaciones memorables en mi vida, la sostenida con Julio Cano fue paradigmática. Ellos, los matemáticos, siguieron ejecutando magistralmente la “música matemática”.

Hoy, en la selva venezolana, a lo Carpentier, yo pude encontrar esos pasos perdidos de mi primera juventud donde he logrado conjugar la música, las matemáticas, la literatura y la filosofía, hermanadas en una hermosa Tierra de Gracia.

Daniela
Jaimes Borges

Mi mamá era una gran escucha, medía, ahora que lo veo, la profundidad de las respuestas, exageraba el silencio. Cuando fue diagnosticada de Alzheimer, cada palabra cobró múltiples sentidos o mayores significados. Comenzó, como suele pasar, con olvidos casuales, luego apareció una sintaxis rara, ausencia de verbos, sustantivos. En un punto, sus ganas de seguir nombrando, se limitó a decirle “cosa” a casi todo, hasta el final de su vida que su mudez era un castigo, una verdadera muerte antes que la otra. (No saber qué o cómo le duele algo, es una conversación con la impotencia, con el fracaso). Memoria y lenguaje entonces como las dos caras de una realidad.

Grabé muchísimo para poder registrar tal deterioro, a veces me faltaron fuerzas, otras simplemente eran tan hermosas, porque ocurrían en la lucidez de un recuerdo furtivo, que no ponía una cámara o grabador de por medio, era solo ella y yo. Al año y un poco de su escrita enfermedad, llovía con fuerza, estábamos en medio de La Guaira, fue a buscarme y me dijo: “Daniela, ven a ver; está cayendo un palo de...” La observé esperando la palabra “agua”. Repitió: “palo de... ¿palo?”, la entonación a pregunta me abrió un hueco que ahí permanece. Le dije: “palo de agua, mamá”. Me vio con rareza y agregó: “no sé por qué todo se me olvida. Creo que me estoy volviendo loca”. Le sugerí que lo anotara en su cuaderno. Escribió entonces: “palo de lluvia”, eso fue lo que hizo, eso. Me pareció bellísimo y devastador, le agregué la fecha ya que para entonces había olvidado el año que corría, uno de esos años con mucho totalitarismo y muertos por memoria, por tenerla. A veces creo que la enfermedad, al menos, la salvó de ver derrumbarse a la democracia.

Las conversaciones transcurrían entonces con una tríada: ella con su Olvido, yo con su Olvido, el Olvido con nosotras, sobre la recuperación de Algo. A 16 meses de su partida, recuerdo con firmeza las palabras de Jorge Romero, profesor, amigo. Fue determinante su seguridad al decirme que en sueños tendría las mejores conversaciones con mi mamá. La he soñado, escucho su voz en risas y rareos de canciones. Aún no hemos hablado. Pero no me cabe duda de que pasará. Las conversaciones nos construyen para la vida y para la muerte, fundan más de lo que somos, de lo que diremos y de lo que no. Hace falta tenerles un poco más de fe. Yo espero.

Denise Armitano
El rol más importante

Tenía once años cuando participé en una obra teatral de la escuela. Mi padre, que solía mencionar las bondades del teatro para entender y enfrentar situaciones de vida —e incluso afirmaba que la vida misma era un teatro— quiso saber qué papel había escogido. Satisfecha de lo acertado de mi decisión, y segura de que él estaría muy orgulloso de mí, respondí con jactancia:

—¡La reina!

—¿Y qué hace esa reina? —preguntó, capcioso y curioso.

—Bueno, es la reina, es importante, lleva un vestido de brocado dorado y encajes —alegué desconcertada ante la evidencia de no tener claro el rol de aquella monarca, uno bastante discreto por cierto, puesto que apenas intervenía en dos escenas.

—¿Qué otros personajes hay? —siguió indagando.

—El de la niña, que se pierde en el bosque y que llega al castillo, me pareció irritante —asegué— también participan unos animales, y el rey, pero tendría que exhibir una cola peluda o una barba y pantaloncillos calabaza... ah, y un juglar, que es quien ayuda a la niña a escapar del castillo y de los reyes que querían adoptarla.

—Un juglar; ¡qué interesante! —exclamó.

Mi padre permaneció pensativo antes de averiguar lo qué me había alejado de ese papel. Sorprendida, le dije que no me atraían los personajes picarescos, por lo general incómodos, con sus farsas y chocarrerías. Fue entonces cuando me explicó que en el teatro, y fuera de él, solía ser más importante el desempeño que la naturaleza del personaje. Que nadie estaba signado por sus orígenes o apariencia. Que existían principales y antagonistas, secundarios de carácter, inolvidables malvados y “buenos” menguados. Que un modesto juglar, incluso un bufón, podía ejercer un rol mucho más significativo que el de una reina pálida y ausente, amordazada bajo el peso de su corona.



Edda Armas

Conversación con Gego

Conocí a esta genial artista dada su estrecha amistad con mis padres. Dialogar con ella resultaba una experiencia singular. Sonreía con mirar profundo, interpelaba, con pausas matizaba sus ideas y reflexiones en sabias tejeduras. En 1972, pasábamos un fin de semana en Clarines con ella y su esposo Gerd Leufert, y con la fresca de la tarde, sentadas en taburetes de cuero frente al jardín del patio central de la casa familiar, al tramar sobre arte, poesía, piedras, estrellas y galaxias, me lanzó la pregunta de si yo conocía el origen de mi nombre. Le respondí que no. Que sabía que mi abuela paterna había nombrado así a su primera hija, en este mismo pueblo en 1916, la que había fallecido recién nacida y, qué por lo visto, papá –amante de dar continuidad a las narrativas familiares– lo archivó, hasta que nació yo. Peló los ojos y me increpó a investigar el significado de Edda, advirtiéndome que sería un hallazgo interesante. Quedé curiosa. Me fui de librerías y en *Suma* conseguí una primera referencia gracias a J.L. Borges en su libro *Literaturas germánicas medievales*. Así entré al mundo de la literatura germánica, a la poesía nórdica de los siglos IX-XIII, a los códices de *Edda mayor* y *Edda menor* del sabio Snorri Stúrluson, a los *Dichos* en cantos éddicos, a la mitología de gigantes, enanos, elfos y adivinas. Supe entonces que, en la cultura nórdica, Edda se interpreta como “libro de Odín”, “patrañas de la abuela” y “arte poética”. La investigación ramificó y anclé en Witold Gombrowicz: en *Cosmos* hallé claves de pertenencia a una familia literaria. Somos una suma de deseos, hallazgos, diálogos, con marcas-influjos-huellas ancestrales, incluido el manto protector de un nombre: engranajes-razones por las que esta conversación aún entreteje su eco en el tiempo.



Edgar Cherubini Lecuna

El Azul Klein y el amarillo espacial de Cruz-Diez

Para luchar en la vida, creo que el único medio es tomar un poco de infinito y utilizarlo.
Yves Klein

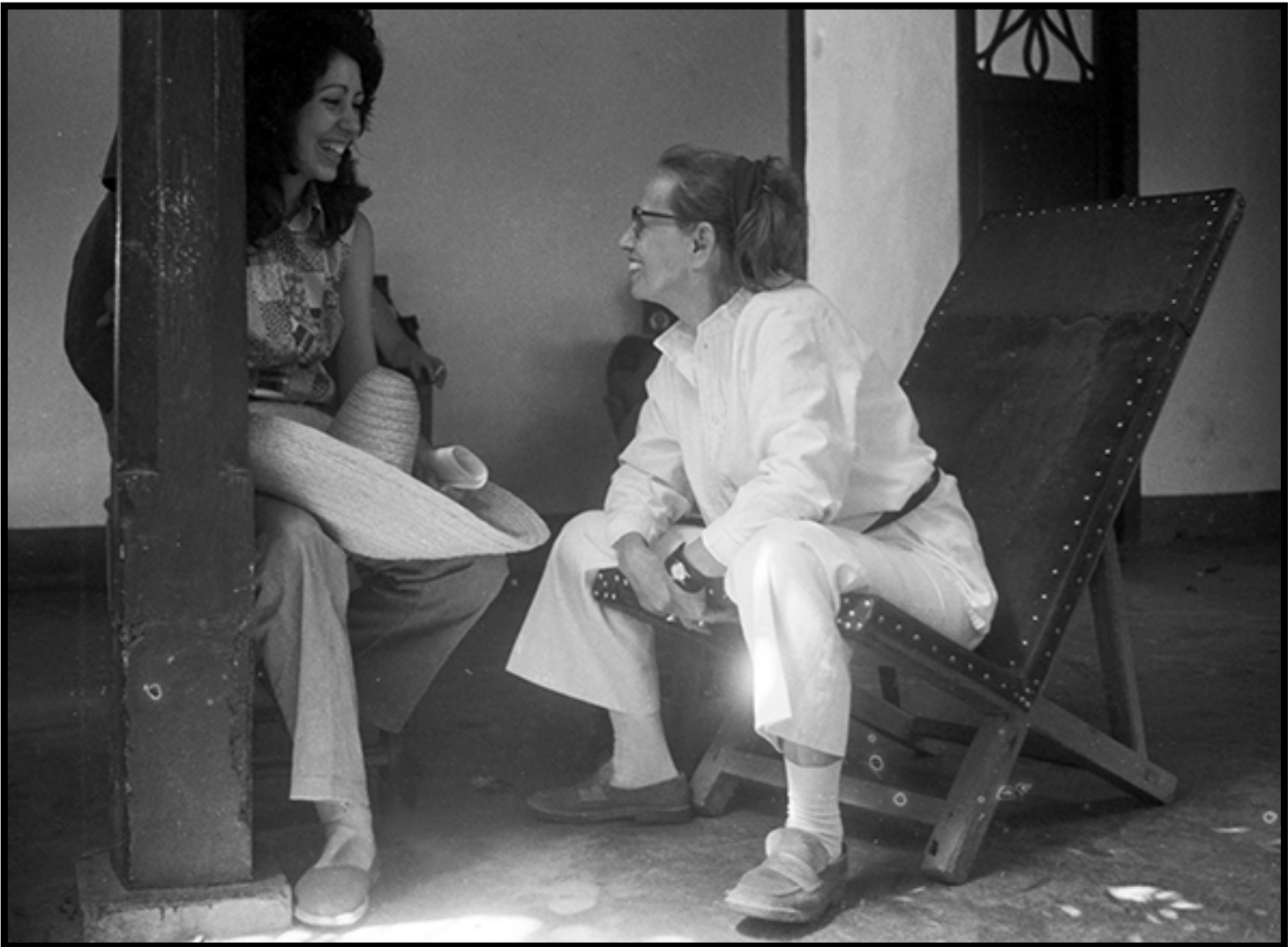
En 1951, Yves Klein (1928-1962) escribió en su diario: “Para luchar en la vida, creo que el único medio es tomar un poco de infinito y utilizarlo”. La búsqueda espiritual de este multifacético artista se funde en el camino con su idea del arte: “Pinto el momento pictórico que nace de una iluminación”. Inspirado por el cielo de Niza, su ciudad natal, se dedicó a pintar fragmentos de ese azul a los que denominó “el mundo del color puro”. En 2017, la Fundación Yves Klein y la casa de subastas Christie’s solicitaron a Carlos Cruz-Diez (1923-2019), elaborar una obra bidimensional única utilizando la fórmula del *Azul Klein*, para ser subastada con la finalidad de recoger fondos para la restauración de la iglesia de Saint-Germain-des-Près, ubicada en el barrio del mismo nombre, histórico escenario de la vida cultural y artística de París. Comparto aquí un extracto de la conversación con el artista en su taller de París.

Usted ha sostenido siempre que sus propuestas son producto de una intensa reflexión. ¿Cómo conjugó su obra con la de un místico del arte como lo fue Klein?

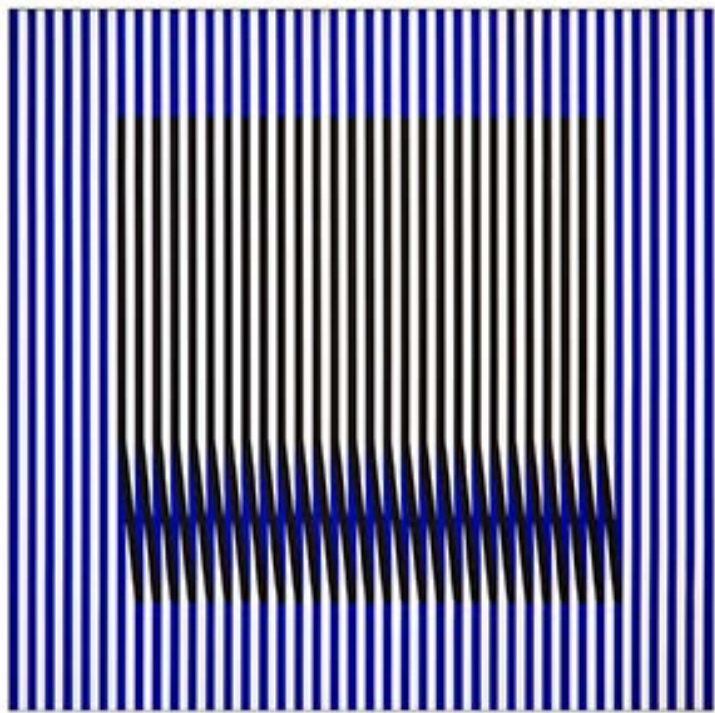
La narrativa de la obra de Klein está ligada al surrealismo y la mía al arte concreto. Una de las grandes cualidades del arte es que múltiples discursos pueden convivir y dialogar. Mi postura en el arte es con la realidad, pero, reconozco y admiro que la posición de Yves Kline era una importante aventura del pensamiento contemporáneo. En mi obra, el color es una situación mutante, ambigua y circunstancial, el color es un acontecimiento real, como la vida. El haber utilizado el azul Klein para hacer una de mis obras, es un modesto homenaje a su pensamiento.

Usted utiliza las líneas para demostrar el comportamiento autónomo del color. Klein busca la pureza del azul como una síntesis ontológica plasmándolo en espacios monocromos. En esta obra de excepción ¿Cómo se integran estas dos visiones?

El postulado de mi discurso plástico es llevar el color al espacio. La línea no es un elemento estético en mi trabajo, es el medio más eficaz para multiplicar las zonas críticas de visión entre dos planos de color. La mezcla óptica integrada por dos o más colores genera nuevas gamas cromáticas que no existen en la superficie y que se hacen visibles al espectador, se trata del color saliendo del plano al espacio. *En esta obra, Induction du Jaune avec le Bleu Klein*, el color amarillo que vemos surgir de entre el blanco de fondo y las líneas de color azul no está plasmado en el soporte, tiene una existencia virtual, sin embargo, es tan real como el pigmento azul Klein.



EDDA ARMAS Y GEGO / ©RICARDO ARMAS



CARLOS CRUZ-DIEZ, INDUCTION DU JAUNE AVEC LE BLEU KLEIN, PARÍS 2017



Elizabeth Rojas Pernía

Una conversación que develó mi daimon

Cuando tenía 29 años, una esposa embarazada y dos hijos pequeños, mi padre fue apresado por el cuerpo policial que perseguía a la disidencia política, en los años sesenta, durante el gobierno de Rómulo Betancourt. Perdió un año de su libertad. En ese período mi hermano nació. Ausencia.

Un día, cuando tuve edad para ser yo quien las iniciara –muchas otras *conversaciones memorables* habían sido propiciadas ya por él– le pregunté, “¿Qué hiciste para mantenerte cuerdo durante el tiempo que estuviste en la cárcel?”. Su catalizadora respuesta fue, “Me dediqué a enseñar a leer y a escribir a unos muchachos que estaban allí, y a otros que ya sabían, les enseñé matemáticas. Además, los escuchaba. Y leía mucho”

Conocer la manera en que mi padre eligió pasar sus días, mientras estaba rodeado de dolor, rabia e incertidumbre, fue revelador para mí: en ese momento sentí que la vida tenía que ver con ser útil, con ponernos al servicio de otros. Entonces, y sin que yo lo supiera, se activó mi vocación. Me dedicaría, mucho más adelante, a servir a otros como psicoterapeuta. Esa conversación fue tierra fértil en la que germinaría, cuando fue propicio, la semilla que ya portaba en mí: el llamado a *cuidar el alma*, que aún continúa. Revelación.

Lo humano ocurre en la intimidad del espacio conversacional. En el ámbito terapéutico las conversaciones suponen tal disposición para recibir las emociones, las imágenes, los sueños y los silencios, la humanidad, de ese otro que está delante, que le otorgan a mi experiencia de servir, tan tempranamente descubierta, un profundo y expansivo significado. El misterio alquímico se hace presente. Gratitud.

*Las palabras son un pretexto.
Es el vínculo interior el que atrae una persona a otra,
no las palabras.*

Rumi



Eddy Reyes Torres

Marisol Escobar en la intimidad

En el verano del 2005 viajé a Nueva York. Aproveché la ocasión para entrevistar a Marisol Escobar y tratar temas que no abordamos en conversaciones anteriores. Ya en el hotel, me comuniqué con ella. No tuvo inconveniente en que nos reuniéramos en su apartamento y taller. Al momento de nuestro encuentro aprecié que su vestimenta era la apropiada para la acometida a un enorme bloque de madera. Así trabaja en su taller. Sin preámbulo alguno iniciamos el coloquio.

Mi primera pregunta tiene que ver con tu padre. ¿A qué se dedicaba?

¿Mi padre? Él no hacía nada. Él hizo dinero con el petróleo y no trabajó más nunca. Se pasó el resto de su vida viajando por Europa. Yo nací en París, en uno de esos viajes.

¿Tienes entonces nacionalidad francesa?

No. Yo solo tengo la nacionalidad venezolana.

¿Y la nacionalidad norteamericana?

Solo tengo la residencia. Ellos creen que yo cambié mi nacionalidad. La verdad es que no lo he hecho. Hoy en día se puede mantener las dos nacionalidades, pero me da flojera hacer ese papeleo.

¿A qué edad te viniste para Estados Unidos?

La verdad es que venía y volvía a Venezuela. Luego vivimos en Los Ángeles. Mi papá tenía una novia. Era como la sirvienta y por eso no podía... (se ríe antes de continuar), no podía ir al Country Club. Él perdió a todos sus amigos.

¿Y tu mamá dónde estaba?

Ya se había suicidado. Yo tenía 8 años y ella siempre me llamaba y decía: “Me voy a suicidar”. Al final le dije: “Bueno, suicídате”. Y se suicidó. Yo me sentí muy mal.

Bueno, solo eras una niña.

Sí, pero yo creí que fué culpa mía.

Lo anterior es el abre boca de una larga y amena entrevista.



Ednodio Quintero

El último encuentro en El Chipén

Nunca he dudado que Julio Miranda haya sido mi mejor amigo. Durante los últimos años que vivió en Mérida nos veíamos con puntualidad inglesa a las 12 del mediodía de los jueves en mi búnker de Las Marías. Él venía caminando desde su residencia en Los Sauzales donde vivía con su amada Josune y su pequeña hija Ainara. Se negaba a tomar un taxi para sus desplazamientos por la ciudad. Una hora exacta pasábamos en mi apartamento en lo que solíamos llamar “almuerzos de trabajo”. Por lo general, Julio me hablaba de sus proyectos y comentábamos algunas lecturas. En realidad, el almuerzo era una especie de rito semanal: íbamos caminando hasta El Chipén, un restaurante español en el centro de la ciudad donde servían el mejor lechón del mundo, unos ricos higadillos de pollo hirviendo en una cazuela y un róbalo al ajillo delicioso.

A finales de agosto de 1998 regresé de México después de mi año sabático y debo haber compartido con Julio dos o tres almuerzos. El último, si la memoria no me falla, el jueves 10 de septiembre. ¿De qué hablamos? Lo recuerdo con precisión y exactitud. Hacía dos o tres meses que Julio había dejado de fumar y se estaba tratando de su afección pulmonar con un neumólogo. Me contó que últimamente no pensaba en el futuro, que todas las imágenes que se le venían a la cabeza eran de su infancia y adolescencia en La Habana. Es —precisó— como si estuviera viviendo en el pasado, viviendo del pasado. Cuatro días después, el lunes 14 de septiembre, recibí una llamada. Mi amigo Diómedes Cordero me dijo que Julio acababa de morir al salir de la consulta con el neumólogo, en plena calle se le partió el corazón. *Fucking disgrace!*

80 AÑOS >> CONVERSACIONES MEMORABLES



Elisabetta Balasso

Los talentos

Tuve una conversación memorable con un amigo que había ido a Yale a realizar su doctorado en Matemáticas. Nos encontramos en Nueva York, donde fui a pasar una Semana Santa. Era la primera vez que iba a esa ciudad, y mi primer contacto con las maravillas del Metropolitan Museum. Finalmente pude ver arte egipcio en vivo; me pasé horas admirando los papiros y copiando invocaciones faraónicas en una libreta con hojas coloreadas. Tenía quince años. Esa Semana Santa nevó a destiempo.

Con Sabatino pude congraciarme con la trigonometría y descubrí que existía una geometría no euclidiana, lo cual invitaba a reformularse la realidad de otra manera, y posiblemente influenció mi interés por los modelos no-lineales del tiempo. Lo había conocido en la Escuela de Música Juan Manuel Olivares, donde daba clases el maestro José Francisco del Castillo. Este amigo, que ahora se dedica a redes neuronales aplicadas a la predicción de las fluctuaciones económicas, formaba parte de un grupito de tres jóvenes brillantes –un matemático que tocaba violín, un arquitecto que tocaba flauta traversa y un geólogo que tocaba piano– amantes de la música de cámara, del arte medieval y de H. P. Lovecraft. Solían subir al Ávila en tiempos en que parecía una excursión, con botas Frazzani y sánduches caseros. Habían creado y poblado su propio mundo de fantasía, antes de Minecraft.

Mamá estaba en el interior de un pequeño café con una amiga comiendo *quiches lorraines* y yo me senté en la acera con Sabatino. Los copos de nieve caían danzando leves y se derretían pronto. La esencia de la conversación era que los talentos que nos han sido concedidos implican la responsabilidad de desarrollarlos: son un don que no debe ser desperdiciado. Sigue vigente.



Enza García Arreaza

Small talk, le dicen

El matrimonio es un diálogo intrigante, pongamos también que es la caída libre por excelencia. Su naturaleza divina reside en lo que está a punto de revelarse pero se nos escapa. Por eso el matrimonio es un dios cómico, en ello *totemizamos* la contienda verbal que va del rezongo a la confesión, del hartazgo a la esperanza. Mi primer ejercicio literario fue llenar los agujeros que iban quedando en las conversaciones de mis padres, ese matrimonio embrujado por dos niños muertos incapaces de resucitarse el uno al otro. Ahora yo formo parte de mi propia tertulia matrimonial. Cada vez que mi esposo más o menos me miente o se olvida de compartir conmigo algún asunto de extrema importancia (por condición de su neurodivergencia), me pregunto en qué consiste tener la última palabra. Pero me distraigo. Nos distraemos. Queremos hablar sobre lo que nos falta, y entonces un tiroteo masivo o una todavía crisis humanitaria nos ocupa la burbuja y quedamos callados hasta que alguno ofrece café y el otro sentencia que hay que reparar la llave del fregadero. En tiempos de inteligencias artificiales soplándonos el bistec queda el encantamiento de mirarnos sin saber qué decir. Supongo que mi marido y yo nos encontramos sobre todo para esas pausas casi invencibles en la conversación de nuestros días. Desde ayer no dejamos de hablar del final de *Succession* (2023), concluimos que a lo mejor nosotros hubiéramos criado mejor a los desalmados muchachitos Roy. Sin los millones de dólares, pero con silencios en los cuales sentirse a salvo.



Eritza Liendo

Palabra de Bruna

Hace más de 20 años, cuando empecé a dar clases en la Escuela de Comunicación Social, mi colega y amiga Isabela Track me facilitó un texto de la española Rosa Montero. Me dijo: “Lee esto. Te puede ser muy útil cuando te toque explicar la técnica de la descripción”. Se trataba de “El amor se adapta a lo que hay”, un artículo que Montero publicó en *El País*. En efecto, el texto en sí mismo era una clase magistral acerca de cómo describir personajes y estados de ánimo.

El tema de feos que se enamoran, Rosa Montero lo plasmó también en uno de sus cuentos compilados bajo el título “Amantes y enemigos”. Eventualmente, le envié un correo a la escritora española, ¡y ella me respondió! ¡Y yo me sentí dichosa! En Twitter, Montero es @BrunaHusky, y es una mujer sencilla que no se hace de rogar. Si le hablas, te responde. Conversa contigo, y te hace sentir que la sensibilidad literaria se nutre de sí misma; que, para ella, escribir sobre feos, enanos y deformes es una manera de alzar la voz por quienes no necesitan ser bellos y perfectos para llenar el mundo de una magia que no tiene forma, pero sí mucha fuerza.

Conversar con Rosa Montero, así haya sido mediante una plataforma virtual, fue un hermoso privilegio porque a Bruna le gusta ser leída, le gusta ser sabida. Y a mí me da un regusto tremendo tener la certeza de que ella sabe de mí, que devoro sus libros, que amé *La loca de la casa* y también a Fatma, la prostituta de *Instrucciones para salvar el mundo*. Fatma es hermosa. Es buena. Palabra de Bruna.



CON ROSA MONTERO, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR



Eugenia Arria

Mi padre y las hormigas

Las hormigas tienen mundo, insistía mi padre. Yo lo escuchaba con ojos atentos y me inclinaba hasta casi rozar la tierra para ver de cerca, como una lupa, a esos pequeños seres que despertaban en mi padre tanta gravedad. Nuestros paseos de la escuela a la casa, a pesar de la corta distancia, pasaron a ser tiempos largos de conversación y escucha, rodillas sucias, pausas de silencio y hasta una que otra lágrima. Piénsalo, me decía mi papá mientras seguía con la mirada el caminito laborioso de las hormigas. Nos quedábamos en silencio, mudísimos, mesmerizados por un modo de vida que nos superaba, tan ajeno, y que al mismo tiempo nos unía como ninguna otra cosa. Desde entonces soy de esas personas que miran hacia abajo para evitar pisar hormigas o que las pisen. Desde entonces pienso en la profundidad de lo mínimo. Desde entonces no dejo de ver nuestras semejanzas. Ahora, más de dos décadas después, me doy cuenta de que mi padre solo quería acercarme a ellas y sacudirme la arrogancia propia de la subjetividad. El mundo no es solo interior, Eugenia. El afuera existe y hay muchos interiores que desconocemos. Ahora no puedo dejar de pensar en las hormigas y en la fuerza esencial común a todos los cuerpos de la que habla Spinoza, o en la lluvia de átomos lucreciana, o en la agencia del mundo, de los mundos. Las hormigas me enseñaron a reflexionar y, en cierto sentido, a cuidar lo que no entiendo. Ahora solo basta llamar y decir: “Papá, estaba pensando en las hormigas”, para renovar una conversación inagotable sobre la vida, la muerte y más allá.



Federico Prieto

Apenas comenzaba el año 1960. Caracas era una ciudad en crecimiento vertiginoso y cosmopolita por la que se veía gente de todas partes del mundo. Como decía una propaganda francesa de la época, Venezuela aparecía a los ojos del mundo como un país envidiable en el que valía la pena vivir. Yo tan solo era un niño inquieto y revoltoso de esos a los que las mamás decían en buen caraqueño de la época que había que tenerles miedo. Pero en el fondo, aunque era cierto, lo que ya había en mí era una dispersa inquietud por conocer todo cuanto existía, no me daba tiempo físico –todavía me sigue ocurriendo– para prodigarme en lo que llamaba mi atención. A San Bernardino, urbanización donde viví desde mi nacimiento, llegaron dos franceses de unos 20 años de edad. Se instalaron en un edificio, el *5 de Oro*, de la avenida Paraíso. Si no me equivoco, habían venido a Venezuela a perfeccionar su español, aunque, de hecho, lo hablaban bastante bien con fuerte acento francés. Renaud y Bastian. Aún llegan sus nombres a mi memoria porque estar en su compañía y escucharlos hablar despertó en mí una de las pasiones que me iban a acompañar a lo largo de la vida. Un día me invitaron a pasar a su taller y desde entonces los visité semanalmente durante meses. Me sentaba sobre unos cojines y me dedicaba a observar con atención lo que allí sucedía. Aparte de escucharlos hablar y verlos pintar figuras llamativas con trazos y formas extrañas, lo que más me emocionaba y llamaba la atención de estar con ellos era escuchar la música que ponían. Una música extraña que me atrapó y ya no me soltaría. Davis, Coltrane, Monk, Brubeck y muchos otros. Más tarde también pude leer algunos de los libros que tenían. Casi todos estaban relacionados con el existencialismo, así que yo los llamaba los existencialistas.

Han pasado más de 60 años de haber estado inmerso en ese espacio y siempre he considerado que ellos tuvieron un papel relevante en mis gustos por la música, la pintura, y mi curiosidad por cierta corriente de la filosofía.



Gabriel Payares

¿Quién nos espera, Victoria?

Al caserón de Sebucán, tan parecido al de mi infancia, en donde vivía Victoria De Stefano, llegué algo así como un jueves con un libro suyo bajo el brazo. Suyo porque semanas atrás me lo había prestado: *Austerlitz*, mi primer fracaso lector con H. G. Sebald. Lo deposité sobre su mesa larga, cuadrada, con el aire del escolar que no ha podido hacer su tarea. Ella, generosa como fue siempre, lo recibió con un gesto que le restaba importancia. “Hay lecturas que tardan”, un modo genial de decirme que yo aún no estaba listo. Victoria sabía de paciencias.

Ese mismo día, o puede que otro, me atreví a preguntarle sobre lo que estaba escribiendo. Mejor dicho, sobre cómo lo estaba escribiendo. Su método, me confesó, consistía en leer cada día desde el principio lo escrito, para así añadir las líneas que resultaran adecuadas. A mí, ávido e infructuoso perseguidor de finales, se me antojó un método digno de kōan zen. “¿Y no tardas demasiado de esa manera?”, le consulté. Ella entonces me miró con ojos buenos y una sonrisa velada, pudorosa. “¿Y quién me está esperando?”, replicó. Yo no supe qué contestarle. *Nadie*, pudo haber sido la respuesta, o tal vez *Tú misma*, no lo sé. Tampoco importa. Ella entonces fue a la cocina y puso a hervir el agua para el té.



Gabriela Kizer

Conversaciones memorables

Se estremeció mi alma cuando Julia, la maestra de primaria, me reconoció: “¡Gabrielita, Gabrielita! Tú eras veinte por ciento habla, ochenta por ciento escucha”.

Seguramente en el curso de los años atiné a decir un par de cosas; toqué el alma de alguien, seduje a alguno, lastimé a otro.

Con la musa, entre cháchara y cháchara, tuve también conversaciones memorables; cuánto admití, cuánto le rebatí, quién sabe.

El tiempo, como dicen, pone todo en su sitio: las perdurables dádivas de mis maestros, las voces amadas o terribles, aquella dignísima conversación que esperé en vano o la menos digna que alcancé a tener.

Cuánto reposaría mejor en el olvido.

Incluso la bronca de la maestra del kínder —“¡Cochina, cochina!”— por haberme ensuciado las manos de chocolate.

De todo esto está forjado el silencioso ochenta por ciento en que me ha sido dado vivir.

80 AÑOS >> CONVERSACIONES MEMORABLES



Gabriela Rosas

Vientre de sal

¿Quién resguardará la sal, las semillas, los corales, cuando devastemos el mundo?

“Si cuentas algo lo creas”, dice Gabi, mamá. Entonces pienso en el sol y el impuesto que lo llevó a escribir el libro que comentamos, es absurdo; coincidimos, el mundo coincide, es óxido sobre óxido. Por alguna razón, quizás la de la sed, pienso en Dickinson: “las estrellas no son hereditarias”, la estupidez sí. Somos caníbales. Tenemos hambre y ombligo. Nos detonamos.

“No todo es blanco”, bien lo dice Gabi, se llama como yo, mamá, y se me viene el mundo encima al pensar que yo también me voy a la cama en lo blanco de la noche, pensando en lo negro. Soy de coros, tú lo sabes. Soy la oveja negra. La que no come carne, la ambidiestra, la que no bebe leche ni fue abogada, la que quiso quedarse en el vientre materno para siempre y mantener diálogos prenatales interminables. Pero la muerte ya llegó, la muerte es diaria, colectiva, a cuenta-gotas. Salir es herirse.

No me gusta este mundo boquiabierto, perezoso, invidente. Digo *cielo* y digo todos los pájaros que han caído, que han muerto, que han sido devorados, digo *tierra* y ardo; cuando pienso en el mar se me hace un nudo de plástico en el pecho y reafirmo que así no quiero tener hijos. Afuera todo traiciona.

Los lunes recuerdo a Chéjov: “un perro hambriento solo tiene fe en la carne”. Y me levanto a pesar de mí. Leo, abro las ventanas, dejo semillas. Oigo ladrar al perro de la vecina con dolor, con rabia, y yo, que entiendo poco, me conmuevo hasta los lagrimales, no sentencio, pero jamás encerraría a un perro en un departamento, como me enseñaste, como no quiero que me encierren nunca. Entonces, respiro, riego las plantas, las llamo por su nombre, siembro alguna palabra y alimento mis peces imaginarios, porque tampoco quiero encerrar ningún pez, prefiero soñarlos e imaginándolos, los dejo vivir en mi casa y coreografiar alguna tarde.

Y llegan las palabras *mamá*, salvajes, animales, palabras de agua, de tierra, hasta mi boca, se hacen más frías con el tiempo, se separan del resto, desaparecen, me van quitando el aire, y quiero correr hasta tu vientre, volver allí, adentro, contigo, y así salvar eso del mundo que mi presencia destruye.



Geidy Querales

Esta conversación memorable

A falta de todo parentesco uníanme estrechamente a Mamá Blanca misteriosas afinidades espirituales, aquellas que en el comercio de las almas tejen la trama más o menos dura-dera de la simpatía, la amistad, o el amor, que son distintos grados dentro del mismo placer supremo de comprenderse.

Memorias de Mamá Blanca
Teresa de la Parra

No hay afinidad espiritual más misteriosa que la palabra ni hilo más fuerte y elástico para tramar una amistad, con sus nudos de magisterio, que el que hilan los amigos, maestro y alumna, retorciendo sus fibras en largos correos electrónicos o en largas pláticas acompañadas de café –que puede ser tónica o té rojo. EC y yo nos comprendemos en la palabra que toma forma en la voz, en el signo o en el silencio (porque también el silencio es una forma de la palabra) y llega a ser ensayo académico, poema, novela o cotidianidad. Es esa comprensión, esa complicidad lingüística, la que hace de nuestra conversación algo memorable (tal vez la certeza de la palabra como materia prima del oficio más propio del ser humano: la comunicación).

Conocí a EC en la universidad, cuando cursaba mi doctorado. El fue mi profesor y, tiempo después, también, un guía paciente y generoso (cierto OWK) que me orientó en algunos temas propuestos en mi tesis. Nuestra conversación comienza, algo tímida, en esos años de formación y persiste hasta hoy, ya confiada, espontánea y honesta. Sin embargo, sigue teniendo mucho de magisterio porque es difícil dejar de ser alumna (cierto Padawan) cuando lo escucho o cuando leo sus textos, siempre aprendo algo nuevo. Admiro su rigor académico (un ejemplo que siempre quiero seguir) y disfruto descubrir entre líneas ese rasgo lúdico tan propio de su escritura. Como si de una rayuela se tratara, salto de un juego de palabras a un neologismo, de un inciso a un paréntesis, hasta llegar a una nota al pie memorable en la que me detengo y (re)conozco, por ejemplo, que el mapa de la literatura hispanoamericana se ensancha.

EC y yo nos comprendemos en la palabra cotidiana que, algunas veces, dialoga frente a una taza de café –que puede ser tónica o té rojo– y, otras, se exhibe en un *post scriptum*. En ambos casos, es la vida misma que se revela y se opone al olvido del otro, se interesa por la familia, confiesa alguna manía o comenta el último estreno de Marvel.

No hay afinidad espiritual más misteriosa que la palabra ni hilo más fuerte y elástico para tramar una amistad que ella. Que continúe esta conversación memorable.



MIYÓ VESTRINI / ©VASCO SZINETAR



Gehard Cartay Ramírez

Confieso que nada de lo que he leído, ni de lo que aprendí durante mi educación formal y luego a través del ejercicio de una larga carrera política –iniciada cuando era casi un niño– han influido tanto en mí como las conversaciones que sostuve con mi madre, Mary Ramírez de Cartay, durante mi juventud y luego en la madurez, prácticamente hasta su muerte, a los 83 años. Yo andaba entonces por los 56.

Siempre he tenido presente esos coloquios tan ricos en lecciones y valores espirituales, todos profundamente cristianos y humanistas. Ella sabía, en su generoso amor de madre, que me servirían de mucha ayuda en la vida y en los futuros desafíos.

Las líneas maestras de aquellas conversaciones sostenidas durante tan largo tiempo se referían muy especialmente a los valores permanentes del crecimiento y de la responsabilidad personal, la honestidad, la sobriedad, el cumplimiento de los compromisos contraídos y la vocación del servicio a los demás. Alérgica a todo tipo de frivolidades, mi madre también me inculcó otro valor fundamental: el de la austeridad como forma de vida y mecanismo de templanza del carácter, la honradez personal y ponderar el justo valor de las cosas.

A mí particularmente, conociendo de mis luchas políticas, me hizo saber que el poder siempre es efímero y falsas sus “mieles”, como falsas también lo son las “amistades” nacidas del oportunismo y la conveniencia que brotan de su ejercicio.

Fue una extraordinaria lección que en lo personal ya tenía aprendida de sus labios cuando me correspondió ejercer como diputado nacional y como gobernador de Barinas por elección popular.

Aquellas conversaciones fueron una lección de vida que recuerdo todos los días como un legado de gran valor.



Geraldine Gutiérrez-Wienken

En mi archipiélago de conversaciones hay voces que siguen su curso, sin límites temporales o espaciales. Los nombres que utilizo para mis interlocutores –islas o piélagos en cursiva– aspiran dar un aire del talante de la plática. Conversando con *Baal* descubrí las cadencias del desamparo. *Baal* era actor de teatro. En analogía con el ojo clínico, *Baal* tenía una voz clínica, muy diestra. Saboreaba, sabía traer a la superficie emociones arcaicas, de fondo. Oír a Brecht o a Thomas Bernhard en su voz me legó una lava sensorial transgresora. Me hice consciente de la violencia invisible. Con *Amichai*, en cambio, la conversación zanjaba terrenos familiares cual pantera nocturna. Ambos lo sabíamos. Nos aconsejábamos con poemas (Vallejo, el mismo Yehudá o Celan). Durante un año estuvimos revisando mis traducciones de poesía alemana. Eran horas intensas. Discutíamos poemas, palabras, noticias de Venezuela o de Alemania. Cuando nos tocó revisar poemas de Rose Ausländer, una poeta que él no conocía, hablamos de los orígenes de la tristeza. Todavía me impresiona el encuentro de *Amichai* con esta poeta. Dos tristezas frente a frente. Con *Virginia* los párrafos se abren al oleaje de lo íntimo. Entramos en conversación a través de mi traducción de un poema de Domin en torno a la cuerda dorada o de salvamento. ¡Vaya símbolo! Cuando *Virginia* me habla de su hogar se avivan los pasillos tenebrosos del mío. Venimos de odiseas emocionales diferentes, pero nunca indiferentes. Nuestras charlas evidencian que la vida, es más. Mucho más. Los diálogos con *Enzensberger* siempre llevan el sello de que proceden de lo eterno-humano. Gracias a *Enzensberger* rehabilité mi escritura en español, luego de una larga pausa: memorable asunto de destino. Sus preocupaciones e intereses me dejan entrever claros en medio de tanta incertidumbre. Ahora sé por qué. Braceamos en las aguas de Miyó Vestriini.



Gioconda Cunto de San Blas y Bard

Conversación con Hipatia, en la máquina del tiempo

Luego de un viaje alucinante, llegamos a Alejandría en marzo de 415. Sus calles, todavía llenas de sangre y caos, son testigos del brutal asesinato de Hipatia, la gran científica y pensadora neoplatónica, por manos de una turba fanatizada que vio en esta sabia y tolerante mujer pagana una amenaza al cristianismo impuesto como religión de estado.

Hipatia nos recibe, sin sorprenderse por los avances científicos que hacen posible esta conversación a través del tiempo. “El ascenso de la humanidad a partir del progreso científico es base para una sociedad en comunión, respetuosa de las diferencias. Viajando 1.600 años desde el futuro, ustedes son prueba del valor de la ciencia”.

Yo: Cuéntame de tu vida y logros en matemáticas, astronomía y filosofía.

Hipatia: Aprendí de mi padre, Teón de Alejandría, matemático y astrónomo destacado. Las matemáticas son el lenguaje del universo y en ellas encontré soluciones a ecuaciones y problemas geométricos, también escribí tratados de matemáticas, de los cuales solo quedan referencias, porque la Biblioteca del Serapeo, donde estaban depositados, fue destruida por hordas dirigidas por el patriarca copto Teófilo.

Yo: Esa técnica sigue activa en mi mundo. Nada como controlar el pensamiento de la gente para hacerse con el poder absoluto. El conocimiento es poder. Pero no nos desviemos. Cuéntame de tus logros en astronomía.

Hipatia: La astronomía nos ayuda a entender nuestro lugar en el cosmos. En mi tiempo, publiqué nuevas teorías sobre el movimiento de los planetas y las estrellas. ¡Qué gusto me habría dado estar en tu mundo para disfrutar del universo increíble registrado por el nuevo telescopio James Webb!

Yo: También sé que tuviste una escuela de filosofía, renombrada por tu espíritu tolerante hacia el paganismo y el cristianismo por igual.

Hipatia: La filosofía ayuda a entendernos a nosotros mismos y nuestra relación con el mundo alrededor. Estudié los trabajos de Platón y Aristóteles y desarrollé mi propia filosofía, basada en la idea del orden en el universo, entendido a través de la razón.

Yo: Impresionante curriculum, diríamos en nuestro tiempo. Sufriste cruel final a una vida destacada en logros.

Hipatia: Me asesinaron por mis ideas, los intolerantes de siempre. Es grato saberme recordada 16 siglos más tarde. Recuerden: la luz del conocimiento siempre triunfará sobre la oscuridad de la ignorancia.



Helena Arellano Mayz

Vasos Comunicantes

Jacinto y María, mijao y mata de mango, quedaron inmortalizados en el colofón de un libro debido a su *conversadera*. Los envidio. Ellos están plantados –cerca, el uno del otro– en la misma tierra. Sus hojas se rozan, se acarician, se hablan y callan. Comparten silencios. Sienten juntos la brisa soplar. Conversar es un arte tan placentero como dormir la siesta. Juntos es doble el placer. Llevo años, son muchos, conversando contigo. En este instante he encontrado una mesa estrecha. Afuera del cristal de la ventana, el agua se mece. Además, llueve. La conversa cuando es genuina: fluye, sin esfuerzo. Esta comenzó con el deseo de contarle a otro, de dibujar, alimentar un espacio compartido, sin fachadas. Sin paredes, no sé si las frases hagan eco. Resuene lo profundo y lo profano. Entre libros, cine y teatro, han sido más los hitos insignificantes, intrascendentes, cotidianos. Hermosos, por lo pequeños. Difícil de retener esa retahíla de nimiedades. Las cuentas de un rosario, interminable. A veces, se repiten. Persisten. Perdura el deseo, de trajinar un lugar bendito, encenderlo, animarlo, con palabras, un expresar-se ante otro. Otro que sepa escuchar. Pues la conversa, genuina, honesta, requiere de escucha. Vaciar-se de sí, que los sonidos reboten en un recipiente cóncavo, de ideas, pensamientos, de uno mismo. Acoger lo otro, al otro. Hablarte es, también, cobijarme. Si me oyes, arropas como los corredores de una casa abrazando el patio, vacío y pleno, de mi alma. Al evocarte, soy capaz de desvestirme, de apariencias. A veces, sí finjo, veladuras de poeta, tolérame sonreído por amor a la música. Al ritmo de negrillas sobre fondo blanco. Conversar es des-velarse. Reflejar, en la superficie, lo hondo de sí. Por lo que se dice, y el cómo se dice. Por la potencia de lo que se cuele y se calla. Me han pedido relatar una conversa memorable. La nuestro, en el tiempo, no dice nada y lo dice todo. Es un larguísimo pabilo. De niña perdida. “Hilo con alma” compuesto por fibras de letra y nudos de mucho silencio. Tejo un mundo mejor. Se revela, rebelde, resiste reprimenda, realidad represiva, con cada intento en dialogar. En la era de lo inmediato, he jugado “al teléfono” con mi amigo, imaginario. Por vasos comunicantes, ¿será que las ondas de mi voz te alcanzan? Sujeta tu vaso, con ternura. Aunque dispersas por el viento, las sílabas se extravían, siente una cálida brisa soplar.

80 AÑOS >> CONVERSACIONES MEMORABLES



Guillermo Barrios

Retrato de una mujer en llamas

Para decir esta “conversación memorable” con Seka (Zagreb, 1923-Caracas, 2007) me valgo de imágenes de un encuentro en su casa de Chuao, donde me recibió, enfundada en un amplio delantal blanco curtido de faenas, una tarde caraqueña de mediados del 2005. Transcurrió a través de estancias de paredes blancas y pocos muebles, hacia su taller. No sé cuánto tiempo pasó ni qué temas tocamos en este laboratorio repleto de herramientas, reactivos e improntas, que explicaba por si solo la admirable naturaleza de su cerámica, celebrada por Miguel Arroyo como estremecedora revelación del convulsionado encuentro de la materia con el fuego. Hacia el final de la tarde, mi anfitriona vio el reloj y, con una vieja vasija de aluminio en mano, me invitó escaleras abajo, a un espacio de sótano con puerta al exterior, donde un viejo sofá nos permitió sentarnos para “redondear” frente a un pequeño patio interior bañado de la intensa luz del poniente. Una vez aposentada, acercó sendas fanegas de semillas cuyos contenidos mezcló alquímica y suavemente, al tiempo que, poco a poco, el patiecillo se iba llenando de pájaros. “Conotos, tortolitas, tordos...” murmuraba desde su asiento. Cuando vio el reloj de nuevo y se puso de pie con su vasija de semillas, me alisté para tomar la salida al tiempo que, un sorpresivo “*tableau vivant*” estrelló contra mi mirada: a contraluz, la figura vertical e imponente de la artista abría la corredera de cristal para entrar y esparcir su polvo de estrellas mientras una súbita llamarada de pájaros la cubría por entero, de abajo a arriba. En medio de esta explosión, antes de que aplacara, salí tratando de atrapar para siempre esta imagen de Seka. Una vida en diálogo con el fuego, que terminaba cada jornada, literalmente, envuelta en llamas.



Gustavo Guerrero

Recuerdo de mi última conversación con Alejandro Rossi

El cuadro clínico de Alejandro empeoró a comienzos de 2009 y sin pensarlo dos veces decidí hacer un viaje relámpago a México para llevarle los primeros ejemplares de la edición francesa de *Edén*. Habíamos previsto que el libro estuviera listo en marzo y que se bautizara, en presencia del autor, durante las jornadas del Salón del Libro de París, que ese año tendría a México como país invitado. El enfisema pulmonar nos desarmó la agenda. Yo sabía lo mucho que representaba para Alejandro que Gallimard publicase su novela autobiográfica –o “auto-ficción” o “biografía novelada”, si se prefiere– y no quería que dejara de ver la edición que habíamos preparado. Los homenajes, como toda muestra de afecto, me decía (me digo) hay que hacerlos en vida, tanto más en estos tiempos sin futuro en que la posteridad se ha convertido en una anacrónica y pomposa quimera. Por eso nunca agradeceré lo suficiente a los equipos de corrección, diseño y fabricación de la casa el empeño que pusieron para que tuviéramos algunos ejemplares impresos con más de 60 días de antelación.

Si mal no recuerdo, salí para Ciudad de México el 7 de enero y en la misma tarde de ese largo día me veo ya en la quinta de Alejandro, entregándole un par de ejemplares con las tintas de la carátula aún frescas y embarcado en la que sería mi última conversación con uno de los más cálidos, lúcidos y excepcionales conversadores de nuestras letras. Era un secreto a voces: de Juan Villoro a Jorge Herralde, de Fabio Morabito a Rafael Rojas, los que tuvimos la suerte de alternar con él con alguna frecuencia guardamos preciosamente en la memoria aquellos momentos mágicos en que charlar con Alejandro se convertía en una forma única de arte: el punto de equilibrio perfecto entre improvisación, espontaneidad, gracia, rigor y alta densidad. ¿De qué hablamos en ese último encuentro? De la novela evidentemente y, en particular, de la imagen de la Venezuela de los años cuarenta y cincuenta que surge de la evocación de la infancia del protagonista. Aquel mundo extraño y fascinante que Alex, el pequeño florentino, descubre a través de la mediación de su madre y de su familia venezolana se ha de erigir con el tiempo en un paraíso perdido entre los recuerdos del adulto, el primero de los muchos edenes a lo que alude el título y que marcaron la vida del escritor. Y es que Alejandro nunca olvidó a Venezuela y sintió hasta el final que una parte de su destino cosmopolita estaba ligado a la tierra de sus mayores. No tengo espacio para entrar con más detalle en aquella conversación, pero sí quiero insistir en que su eje fue nuestro país y la preocupación por nuestro país. Ahora que la literatura venezolana ha ido adquiriendo la extensión de su diáspora y que nuestra condición comienza a parecerse cada vez más a la de Alejandro, creo que es el momento de releerlo como escritor venezolano, aunque pese a los que aún creen que una literatura para ser nacional debe ser territorial. Otra pomposa y anacrónica quimera.

Aquel último encuentro fue breve: mi amigo respiraba con mucha dificultad y se cansó pronto. Después de despedirnos fui a cenar a San Ángel Inn con Álvaro Enrique y Christopher Domínguez-Michael. Inevitablemente la sobremesa giró sobre la enfermedad de Alejandro y... sobre el arte de la conversación a la Rossi como un arte de la complicidad y la generosidad intelectual que mejoraba a sus interlocutores. Años más tarde descubrí en una página de Domínguez Michael una suerte de resumen de lo que entonces nos dijimos: “Pese a que Rossi, hablando, parecía abarcarlo todo y no dejar cabo sin atar, nunca se salía de su casa, tras más de tres horas de charla, con la sensación de haber sido cómplice o comparsa de un monólogo. Borges, decía Rossi, fascina entre otras cosas porque hace creer a sus lectores que son tan inteligentes como él. Así Rossi”.



CON ALEJANDRO ROSSI, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR



MANUEL CABALLERO / ©VASCO SZINETAR



Inés Quintero

La historia: un espacio para el encuentro y el debate

Luego de concluir mis estudios en la Escuela de Historia, nos propusimos hacer una reunión informal con la idea de llevar adelante un proyecto conjunto entre un grupo de jóvenes recién graduados y varios profesores de la escuela y del Instituto de Estudios Hispanoamericanos entre quienes se encontraban: Manuel Caballero, Manuel Rodríguez Campos y Elías Pino Iturrieta.

La conversación se orientó básicamente a tratar de ponernos de acuerdo sobre el período de la historia de Venezuela que nos propondríamos estudiar. De inmediato se desarrolló un animado e intenso debate donde cada quien planteó su parecer. Se expusieron los más diversos argumentos hasta que, finalmente, coincidimos en que fuese la Venezuela contemporánea.

Empezó allí un nuevo y más complicado intercambio para establecer los criterios que permitirían delimitar el inicio de lo que llamábamos la Venezuela Contemporáneas y precisar los aspectos que podrían contribuir a su caracterización y comprensión. Allí el debate se puso bastante más intenso. Salieron a relucir las más diversas posiciones, así como los argumentos más disímiles a fin de que sirviesen de soporte a la definición de la Venezuela contemporánea: la muerte del caudillismo y el inicio de la centralización política; la explotación petrolera y su impacto en la sociedad venezolana; el fin de la Venezuela agraria y rural; el proceso de urbanización; la formación y evolución de los partidos políticos; la inserción de las mujeres en la sociedad; el surgimiento y consolidación de la democracia; los diferentes contextos internacionales y su impacto en la realidad de Venezuela, entre muchos otros.

Fue una conversación abierta, donde no hubo jerarquías por experiencia, trayectoria o edad; todos expusimos libremente nuestros pareceres, entre bromas, chistes y anécdotas, sin descalificaciones ni imposiciones, un debate absolutamente diáfano y plural sobre nuestra historia.

Concluido el encuentro, no llegamos a ningún acuerdo, tampoco hicimos un nuevo intento para reunirnos en otra oportunidad. Pero fue, sin duda, una conversación memorable, no solamente por la riqueza, amplitud y profundidad de los argumentos que allí se expusieron, sino, sobre todo, porque ese día entendí que la historia es un extraordinario espacio para el encuentro y el debate. Una experiencia que me ha acompañado desde entonces como herramienta en mi ejercicio profesional. Imborrable.



Isaac López

Del valor de una buena conversa

El origen no fue el verbo, ese que aproxima a las gentes de buena voluntad. En nuestro caso, el principio de las herencias que somos fue imposibilidad de diálogo, de entendimiento fecundo por la palabra. El español se decretó lenguaje del opresor, y el dios de los conquistadores impuso su silencio. Las prácticas de los otros quedaron excluidas de la voz y de su huella. Allí la mayor violencia que engendró una raza de parlanchines sin cuento... Vengo de una casa donde el decir implicaba responsabilidad, pertinencia. Sufrir ante la desmesura. Mi abuelo, Don Isaac López, era una especie de juez de paz, a quien se buscaba para la conciliación. Él y sus hijos eran grandes contadores, gente de memoria. Desde niños aprendimos el valor de una buena conversa cuando nuestro padre, sereno y argumentativo, se transaba en tertulias con otros hombres del campo sobre el tiempo, cambios del clima humano y del medio ambiente. ..., rituales. Saber decir. Antropología de la escucha. El oído pensante. Estudios históricos de la audiencia. La fuerza del sonido. En mi corto camino he tenido largas conversas con prójimos de inteligencia como Elías Pino Iturrieta, Mario Spinetti Dini, Carlos González Batista, Luis Alfonso Bueno, Rafael Rivas Dugarte, Lubio Cardozo, Alberto Rodríguez Carucci, Gregory Zambrano, Carlos Sandoval, Belkis Rojas, Yolanda Delgado, Yoleida Guanipa o Efraín Contreras. En ellos nombro a muchos otros con quienes conversar es privilegio. Años de trabajo han nutrido el empeño de ser historiador con la fabla de viejos paraguaneros, cuyas palabras constituyen un mar tan vivo como el otro. De todos ellos se aprende en el sabroso don de sus conversas, pero también dialogar puede tener el encanto de frivolidad y superficialidad. Esa la maravilla, como diría Vinicius de Moraes, el arte del encuentro.



Ivana Aponte

Muchas de las conversaciones más trascendentales de mi vida se enlazan con dos personas: mi madre y mi abuela materna. Ada había fallecido antes de mi nacimiento, pero gracias a mi mamá conocí mucho de su vida.

De las anécdotas familiares aprendí muchas cosas, como la importancia de la narración oral y la lectura. Conservo esos valores desde la infancia.

Ada era una mujer muy creativa. Ella reunía a sus hijos para contar historias mientras llovía y se esperaba que volviera la electricidad. También inventaba relatos a partir de las imágenes de los libros. Todos sus relatos eran distintos.

Cuando mi mamá estaba en la escuela, su maestra, Ana Penso, le asignó llevar un libro a casa para que mi abuela leyera un cuento. El objetivo de ello era promover a los estudiantes la lectura y el comentario de los cuentos en clase. Sin que Marlene se diera cuenta, Ada narraba una historia a partir de las ilustraciones y esta no tenía ninguna relación con el texto. La maestra descubrió la discrepancia y mi mamá tuvo que repetir la tarea con otro libro. En casa, cuando ella pidió que le contara la verdadera historia, mi abuela confesó que no sabía leer ni escribir.

Mi madre logró que Ada aprendiera a escribir su nombre en la cédula. Sin embargo, nunca pudo leer. Marlene entonces se dedicó a ser su lectora. Durante años le leía desde *Condorito* y las novelas de Corín Tellado hasta la *Crónica Policial* (si preguntaba por ciertas palabras, mi abuela contestaba: “¡no pregunte! ¡Eso es malo!”). Marlene tiempo después conocería los significados gracias a un diccionario Larousse que le regaló un tío. Muchos años después, ese mismo diccionario lo consultaría para mis propios estudios y lecturas.

80 AÑOS >> CONVERSACIONES MEMORABLES



INOCENTE CARREÑO / ARCHIVO



MARIO VARGAS LLOSA / ©VASCO SZINETAR

Jairo Rojas Rojas El maestro

Es noviembre de 2021 y estoy con Corina Maruzza en Valizas, en la costa uruguaya. Es la última estación de nuestro primer viaje juntos, luego de haber conversado, aislados, en dos países distintos, durante un año.

Atrás han quedado otros paisajes maravillosos que habitan, como tesoros, la memoria. Desde la puerta de la casa, estamos a solo unos pasos del Río de la Plata. Nos preparamos para desayunar en el porche, frente a esa grandiosidad sin vecinos ni turistas a la vista.

“Qué misteriosas son las criaturas con las que se entretiene el Señor”, dice Corina mientras observo el esqueleto de cangrejo que ella contempla. “Anoche, mientras caminábamos por la costa”, digo, “todo me parecía misterioso, inabarcable y vasto. Nuestros pasos en la penumbra, y la respiración de ese gran ser que es el agua, ayudaron a esa emoción indescriptible”. “¿Cómo olvidar esa caminata!”, dice ella, “fue una experiencia única. ¿Quizás así haya nacido la poesía?”. “Cier-to, es ese asombro ante el misterio”, respondo. Corina levanta la hoja de un árbol y dice: “Pero el microcosmos también es impresionante, fijate en el increíble diseño de esta hoja. Es perfecto. Precisamente ahora ando escribiendo sobre hojas, apenas descripciones, pero también se vuelve un universo... ¿será posible?”

A pocos metros, casi justo enfrente de nosotros, un joven con su cargada mochila y su sombrilla roja se dispone a instalarse justo ahí. “¿Por qué justo acá?”, digo indignado, “¿con tanto lugar, nos viene a quitar la vista!”. “Pero... ¡qué inoportuno! ¿No se da cuenta?!", exclama Corina. De pronto el paisaje se ensombrece.

Unos minutos más tarde, el joven, sonriente, se acerca y pregunta: “¿Podrían cuidar mis cosas mientras regreso?”. Corina, asombrada, responde: “¿Podrías ubicarte más al costado?” El joven, sorprendido, mira el mar. Luego, se dirige hacia nosotros y dice. “Pero si tienen toda esta inmensidad”. Y se va.

La sombrilla abierta es apenas un punto rojo perdido entre la vastedad.

Javier Conde La tribu

Mantengo una conversación con Mario Vargas Llosa a la distancia, física y temporal. Solo una vez hablamos frente a frente –una entrevista para **El Nacional** en su última visita a Caracas– pero fue eso, una entrevista. No pude convertirla en una charla distendida.

Abordé sí el tema que me interesa: el Vargas Llosa del 67, cuando recibe el Rómulo Gallegos y milita en la idea de la revolución, aún faltaban unos años para el “Caso Padilla”; y el que tengo sentado frente a mí, un liberal influido por autores que más tarde recreará en *La llamada de la tribu* (2018): Adam Smith, Ortega y Gasset, Von Hayek, Popper, Aron, Berlin y Revel.

Converso conmigo a partir de él. Padezco de una malformación izquierdista de juventud, no tanta, sin embargo como el personaje de *Historia de Mayta*. Un catecismo impartido en círculos de estudio con mucho Lenin, Mao y algo de Trosky a hurtadillas. Pocos autores del patio y ni por asomo aquellos que van contra la corriente de los ismos: colectivismo, voluntarismo, marxismo. Dieta sin sal.

Sus textos, le digo, pasaron de un rechazo infantil a la admiración. Primero sus novelas –*La guerra del fin del mundo*, más que otras. Después los ensayos y, más reciente, las conferencias en la web. Un libro con audio e imagen.

Café en mano en la cocina de la casa hablo a solas. Incluso en voz alta con alguien conocido o un desconocido al que le saqué unas palabras en la fila del mercado. Me veo burlándome del nacionalismo que insufla tantos pechos, del estatismo que mete en cintura a empresarios y medios y nos intoxica a todos. La libertad espanta, dice quien me imagino que me oye, porque primero hay que comer. Se está mejor, me digo, fuera de la tribu.

José Pulido Las recomendaciones

La conversación –un tanto mecánica cuando es entrevista– se convirtió en un trabajo durante buena parte de mi vida. El diálogo como búsqueda de trascendencia para una personalidad o una obra. A causa de ese esquema llegué a pensar que no existían las conversaciones crudas, esas que culminan con una confesión.

Juan Manuel Polo era mi jefe en el periódico y también funcionaba como un noble sustituto de padre. Por eso le confié que no me sentía bien haciendo entrevistas. Él solo comentó: “necesitas poesía”. Y no entendí nada.

Entonces agregé: –Para conseguir una buena escritura debes acercarte a la poesía. Y para acercarte a la poesía tienes que ser humilde. Si no aceptas que estás en un piso muy bajo del conocimiento te quedarás estancado. Ni siquiera sabes amar: solo transitas en lo básico. La humildad es entender que eres ignorante y efímero –alegó. A continuación, me demostró que estaba infectado de lugares comunes y de errores ortográficos. Y lo peor: de falsas creencias. –¿Qué quieres que haga? –le pregunté y me quedé esperando. Entonces me lanzó aquello: –Necesitas mantener activo el deseo de saber y de adquirir experiencias. Leer y vivir. Y la más recomendable manera de vivir es ayudando sin juzgar a nadie.

–Me quieres matar de aburrimiento –le dije usando mi malcriadez acostumbrada. Y Juan Manuel me alcanzó con uno de sus latigazos: –Si quieres diversión busca trabajo en un burdel.

Juan Manuel sostenía que la humildad sirve para crecer porque mide tu verdadero tamaño.

Le confesé que no entendía la relación de la poesía con las entrevistas o los reportajes. Y entonces me dijo que uno no debía escribir por escribir. “Hay que conseguir que la escritura tenga vida”.

–La poesía es un lenguaje diferente a nuestra tosquedad de pensamiento. Habita en nosotros, pero necesitamos mejorar los sentidos para que aparezca –me dijo y sin entenderlo a plenitud supe que yo, en ese momento, ya no era el mismo.

José Rodríguez Iturbe

Fue una conversación continuada sobre un mismo tema. Ha tenido, sigue teniendo y tendrá fuerza en mí hasta el fin de mis días. Cuando, poco antes de mis 20, le dije a mi padre que había tomado una decisión existencial, me respondió: “Hijo, es tu vida. Que Dios te bendiga y obra con santa libertad”. Cuando pocos años después le pregunté a S. Josemaría Escrivá qué le diría a un hijo suyo que fuese político, me contestó (es lo que recuerdo): “No hablo nunca de política, pero le diría que fuese muy amigo de la libertad; porque la libertad es el mayor don que en el orden natural el Creador ha dado a la criatura humana, así como en el orden sobrenatural es la gracia”. Esa conversación sobre la libertad ha tenido, luego, distintos interlocutores y no pocas variantes, Pero, sin duda, los dos diálogos, breves por demás, que he referido, marcaron de manera indeleble mi concepción del mundo y de la vida. Así lo veo en la cercanía de mis 83. Intellectualmente, me ayudaron a entender mejor, ante el “¿Libertad para qué?” de Lenin, la rotunda respuesta de Maritain: “Para que el hombre sea hombre”. Y literariamente me sirvieron, de mano de Solzhenitzyn, a comprender con mayor profundidad, que no solo el hombre *tiene* libertad, sino que *es* libre. Me refiero al diálogo entre el torturador y el detenido político, en *Pabellón de Cáncer*, donde el detenido le dice, para asombro e incomprensión del agente bestializado, que le podrá quitar la vida, pero que él, el detenido, es y seguirá siendo un hombre libre mientras que su represor seguirá siendo un esclavo del sistema. Sin conciencia del carácter ontológico de la libertad no puede valorarse la dignidad de la persona humana, de toda persona humana.

Josefina Benedetti Inocente Carreño... y yo

Pocas veces he tenido la oportunidad de compartir con alguien tan ingenioso como el maestro Inocente Carreño. No puedo ni quiero olvidar una tarde en su casa, cuando le llevé el primer ejemplar del disco compacto que habíamos grabado con sus obras. Lo primero que preguntó cuando se vio reflejado elegantemente trajeado en la portada del mismo fue “¿quién escogió esa foto tan fea para la portada?”.

Angustiada le respondí que había sido yo; era una de las que se habían tomado especialmente para dicho fin. Sonriendo me respondió le había solicitado al fotógrafo que lo pusiera bonito...que yo tendría que haber hurgado entre sus fotos viejas para encontrar una en la cual estuviera joven y buenmozo.

Seguía riendo.

Escuchó el disco con ojos húmedos de emoción. Dirigía en el aire algunos trozos y asentía con la cabeza. Me dijo que nunca había tenido un maestro que le enseñase dirección de orquesta. “Aprendí viendo dirigir a los otros”. Luego volvió a las andadas preguntando la razón por la que lo habíamos titulado *Margariteña*, ya que la gente creía que era lo que mejor que había compuesto, pero que peor aún, que era su única obra, lo único que había escrito. “Y mira que tengo obras”.

De nuevo comencé a temblar, explicándole que habíamos seleccionado ese título porque el gran público amaba esa música, que era muy conocida. Así, cuando compraran el disco compacto, tendrían la oportunidad de apreciar las otras dos que se encontraban en el mismo CD.

Riendo me contestó que no estaba tan seguro de que les iban a gustar: “Allí está grabada la *Suite Sinfónica n° 1*. Me salió más o menos. Yo quería que el tercer movimiento sonara como el bolero de Ravel, pero no lo logré”. Más risas.

Fue una de las tantas conversaciones maravillosas con este personaje, porque solo un gran hombre es capaz de reírse de sí mismo, manteniendo esa sencillez en un mundo que lo aclamó hasta que se fue.

Juan Carlos Chirinos No invento nada bueno

Esta conversación comenzó en 1972 o 73, no recuerdo bien, todavía era un bebé, así que recuerdo trazos, imágenes, frases, miradas. Una vez me dijo que los cordones de los zapatos se cruzaban por aquí y por acá, y para que no se te deshaga, pon el dedo en el medio del nudo. Todavía me amarro los zapatos como cuando tenía cinco años: si quito el dedo, los cordones salen volando, y siempre temo que, cuando camine, me los pise. Por las mañanas, nos enseñaba a mi hermano y a mí a afeitarnos con una maquinilla sin hojilla; siempre dejaba un bolívar en la repisa de la entrada para que el primero que llegara, pagara el periódico (sí, **El Nacional**) cuando lo trajera el repartidor: como costaba real y medio, el feliz pagador se podía quedar con el medio restante: una fortuna. También dejaba que practicara mi primera profesión: armado con un pequeño cajón y una sillita que mi abuelo me había hecho, le limpiaba los zapatos, una de mis mayores alegrías. Muchos años después, me enseñó a lavar y pulir los carros de la casa: yo cada vez era más rico. En vacaciones, en la piscina y en la playa, se empeñaba en enseñarme a nadar, creo que inútilmente: soy demasiado andino para las olas de su querido Falcón. Por las noches, cuando no entendía cómo resolver polinomios, detenía lo que estuviera estudiando en ese momento y, después de examinar mi problema, iba hasta el libro que me ayudaría y me lo entregaba, aconsejándome sobre la mejor manera de utilizarlo. Siempre así, lacónico, sin verborreas atormentantes, con ejemplos, como si fuera una enciclopedia de carne y hueso. Este diálogo con mi papá, el más importante que he tenido jamás, duró hasta mis 53 años (ahora solo lo tenemos en sueños); fue un maestro al que apenas le escuché decir una grosería en su vida; una vida conversada que me hace ser como soy y como no soy. Pablo Ramón Chirinos ha sido –en sus silencios (a veces largos ensimismamientos que yo llenaba de preguntas), sus carcajadas ante mis ocurrencias infantiles, su decepción ante mis rabietas de adolescente y sus frases certeras (un clásico es su “¡este muchacho nunca inventa nada bueno!”), el más útil, largo y hermoso diálogo de cuantos he tenido la suerte de sostener. Y por ello siempre estaré lleno de gratitud.